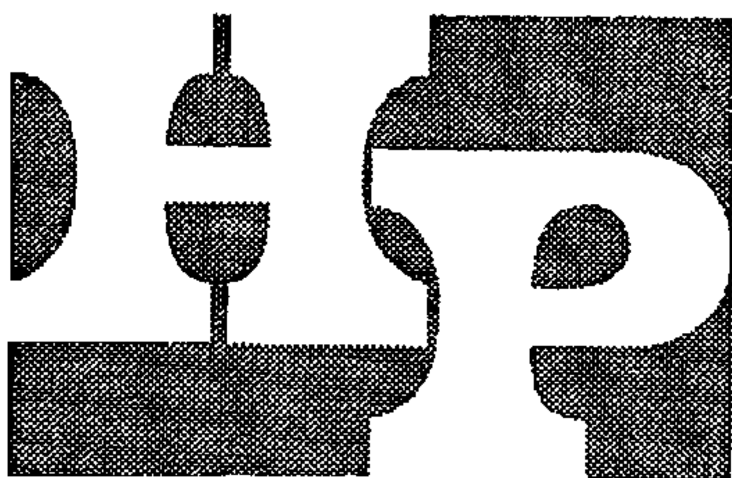


la buscadora de líos

Keith Luger





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LA BUSCADORA DE LIOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 416
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 38330-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: diciembre, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

Capítulo primero

—*Marshall*, ésta es una pechuga y no la que tenemos para comer esta noche.

—¡Terry, no se dice pechuga!

—¿Y qué se dice?

—Busto.

—Bueno, pues esto es un busto y no el busto del difunto comandante Pakirton que tiene la viuda Pakirton.

—Trae acá esa fotografía.

—Sí, señor, aquí la tiene. Pero tenga cuidado. Se le pueden caer los ojos.

—¡A mí no se me caen los ojos!

El *marshall* Paul Chatterton cogió la fotografía que su ayudante, Terry Saval, le alargaba y dio la impresión de que se le iban a caer los ojos.

La joven que aparecía en la fotografía era Mae Logan, una bailarina que aquella mañana llegaría al *saloon* Dorado para hacer tres actuaciones, durante los tres días que durase el rodeo de Parker Dam.

—¡Canastos! —exclamó Chatterton.

—¿No se lo dije, jefe?

—Estas cosas hay que mirarlas de lejos, Terry.

—Usted dirá lo que quiera, pero, en cuanto llegue la bailarina en la diligencia, voy a estar en la estación para recogerla.

—No habrá sitio para ti. Allí estarán las autoridades.

—Yo soy una autoridad y, como ayudante del *marshall*, me debo ocupar de que a la señorita Logan no le robe nada.

El *marshall* cerró un ojo y miró con el otro la fotografía.

—Bien pensado, yo, como *marshall*, debo ser quien se encargue

de que a la señorita.

Logan no le roben nada.

—Apuesto a que usted le roba la liga si puede.

—¿Qué has dicho, Terry?

—Estaba pensando en voz alta.

—Pues ten cuidado con lo que piensas.

—Mire, jefe, iremos los dos a por la señorita Logan. Y cada uno de nosotros se ocupará de un trozo de ella.

—Hablas de la señorita Logan como si fuese una tarta y pudiésemos repartirla.

—Oiga, jefe, pues yo prefiero la señorita Logan a una tarta de nata y fresas. Llamaron a la puerta.

El ayudante acudió a abrir y, apenas lo hizo, un proyectil llegó hasta su cara.

El proyectil era algo curioso. Un pastel de chocolate y fresa.

—¡Jefe, ya está aquí la señorita Logan! —dijo Terry, chupeteando el pastel que le resbalaba por la cara.

Una mujer entró en la comisaría. Tenía otra tarta en la mano izquierda.

—¡No soy Mae Logan! ¡Soy Patty Mark! Terry gritó:

—¿Por qué ha hecho esto?

—Porque me dio la gana.

—Pues mi jefe la va a detener.

El *marshall* se levantó de un salto.

—Señorita Mark, no tengo el gusto de conocerla. Pero usted irá a una celda por haberle pegado un tartazo a mi ayudante.

—¿Y a cuántos días me va a condenar?

—Tres.

—Pues que sean seis —dijo Patty, y lanzó la segunda tarta.

—¡Cuidado, jefe! —gritó Terry.

Pero el aviso llegó demasiado tarde. La tarta se estrelló en la cara de Chatterton. Éste quedó quieto, mientras la nata y el chocolate le resbalaban por el rostro.

La joven, muy dignamente, se dirigió hacia la celda.

—Ya puede abrirme la mazmorra.

El *marshall* y su ayudante, totalmente entartados, utilizaron las manos para quitarse el emplaste de los ojos.

—Jefe —dijo Terry—. Se nos metió otra loca en el pueblo. ¿Se

acuerda de Molly *la Gallina*? Se coló en la celda y dijo que no saldría hasta poner un huevo. Ésta es peor. Va repartiendo tartas.

—¡Cállate, Terry!

—Palabra que mi tarta no está mal. ¿Ha probado la suya, jefe?

—¡Silencio, Terry!

La joven estaba esperando junto a la celda. Era muy bonita, los ojos grandes y verdes. Chatterton cogió una servilleta y se limpió la cara. Luego se dirigió a Patty Mark gritando:

—¿Por qué nos ha entartado?

—Porque éste es un pueblo de porquería… Porque ustedes son las autoridades y tienen la obligación de mantener limpia su ciudad.

—¿Ha dicho limpia la ciudad y nos ha puesto perdidos de chocolate y de crema?

—Ahora están a la altura de las circunstancias. Ya pueden decir que están tan sucios como su ciudad.

—Señorita Mark, si no me da una explicación mejor llegaré a la misma conclusión que mi ayudante. ¡Que está usted como una cabra!

—Eso es, jefe —intervino Terry—. Primero nos llegó una gallina, y ahora una cabra.

—¡Cállate, Terry! ¡Estoy hablando yo! El *marshall* dio dos pasos hacia Patty.

—¿Ha pensado que con seis días de cárcel iba a salir bien librada? Pues se equivoca. La tarta de mi ayudante estaba castigada con tres días. Pero una tarta contra un *marshall* es un mes. De modo que cuando salga de aquí, va a estar un poco más viejecita que ahora. Patty alzó la barbilla.

—Sus amenazas resbalan por mi piel. Terry dijo:

—Y es una bonita piel. ¿Se ha fijado, señor Chatterton? Chatterton señaló con el dedo a su extraña visitante.

—¡Estoy esperando una razón! ¡Sólo una! ¿O es que les tiene manía a las autoridades y les va lanzando tartas cada vez que llega a un pueblo?

—No, *marshall*, yo no hago eso. Estas tartas estaban destinadas a las personas más importantes de esta ciudad qué nos obsequiasen con sus donativos.

—¿Qué donativos?

—*Marshall*, le dije que me llamo Patty Mark, y debo agregar

ahora que soy la presidenta de la Agrupación «Da de comer al hambriento».

—Señorita Mark, yo no estoy hambriento. Y mi ayudante tampoco. No queríamos tarta.

—Si me deja se lo explicaré, *marshall.*

—Soy todo oídos.

—Yo estaba en el callejón del Ángel. Llegué allí con mi carro y con mi abuelo Jonathan… Nosotros nos dedicamos a socorrer al que se encuentra desvalido. Canto canciones para reunir a un grupo de espectadores y, una vez termina mi número, paso el platillo. Todo lo que recogemos, salvo una pequeña cantidad que destinamos a nuestros gastos, es para la gente necesitada.

Y hay muchos necesitados por el mundo, *marshall*. Justamente, cuando nos encontrábamos en el callejón del Ángel y yo pasaba mi platillo, ¿qué cree que pasó?

—No lo sé porque no estaba allí.

—Unos tipos empezaron a molestarnos.

—¿Quiénes eran?

—A uno lo llamaban Bob Russell. Me cogió en brazos y trató de besarme. Yo me defendí a mordiscos y a arañazos y él me arrojó al suelo. Mi abuelo trató de defenderme y le pegaron un puñetazo. Y nadie nos echó una mano. Llamé al *marshall* y el *marshall* no apareció. Pedí auxilio a los ciudadanos que poco antes escuchaban mi canción. ¡Y ninguno de ellos nos socorrió! ¡Todos se largaron! Los hombres que iban con Russell hicieron otra cosa. Cogieron nuestro carro y lo volcaron. Pero antes me quitaron el dinero que yo había recogido en mi platillo. Bob Russell dijo que se beberían una botella de *whisky* a mi salud. Un hombre se acercó y yo le dije: «Oiga, quiero ver al *marshall*. Dígame dónde lo puedo encontrar». ¿Y sabe lo que me contestó? «Señorita, será mejor que no le diga nada al *marshall*. No puede hacer nada contra esos tipos».

Paul Chatterton se pasó una mano por el cabello.

—Lo siento.

—¿Que lo siente? Ese hombre que dijo llamarse Tom Cromwell me aseguró que Bob Russell es un forajido.

—Lo es, señorita Mark.

—Y los que le acompañaban eran de su pandilla.

—De eso no hay ninguna duda. Si le acompañaban, formaban su

pandilla.

—Y el señor Cromwell me dijo que Russell se la tiene jurada a usted. Y que si aparecía por el *saloon*, él le arrancaría las orejas de dos balazos.

—Sí, fue lo que juró Bob Russell. Desorejarme.

—Y también juró que, si su ayudante entraba en el *saloon*, lo metía a plomazo limpio en el piano.

Terry levantó una mano.

—Juró que me mete en el piano. Patty puso los brazos en jarras.

—Y cuando oí todo eso del señor Russell, me puse muy furiosa. Y por eso cogí las dos tartas que estaban destinadas a las dos personas que nos auxiliasen más en esta ciudad, y vine aquí para plantárselas en la cara de ustedes. Es lo que merecen por cobardes. Por consentir que un forajido llegue a su pueblo y se haga el amo. Por consentir que se atropelle a los ciudadanos. Y ahora, *marshall*, ya que lo he dicho todo, puede abrirme la celda.

—No va a entrar en ella.

—¿No me va a detener?

—No señorita Mark, no la voy a detener.

—La ley debe ser igual para todos, *marshall*. Yo los humillé a ustedes y merezco un castigo… —hizo una pausa—. ¿Quiere decir que irá al *saloon* Dorado y ajustará las cuentas a Bob Russell?

El ayudante del *marshall*, Terry Saval, contuvo la respiración.

—Jefe, ¿por qué no le contesta? La señorita Mark está esperando su respuesta. Chatterton exhaló el aire de sus pulmones.

—No, señorita Mark, no voy a ir al *saloon* Dorado. Y le diré una razón. Bob Russell me arrancaría las dos orejas. Y si Terry viniese conmigo, Russell lo metería en el piano. Y todo lo haría a balazo limpio.

—*Marshall*, es lo más asombroso que he oído en mi vida.

—Señorita Mark, ese forajido, Bob Russell, no se va a quedar mucho tiempo en la ciudad. Sólo estará los tres días que dure el rodeo.

—¡Y durante los tres días hará lo que quiera!

—Russell se contenta con poco.

—¿A qué llama usted poco?

—Juega a los naipes y gana un poco de dinero.

—Pero hace trampas, jefe —le recordó su ayudante.

—¿Quieres callarte, Terry? Patty Mark intervino:

—Continúe, jefe. ¿Qué más hará Russell durante los tres días que esté en Parker Dam?

—Pegará unas palizas a los ciudadanos. Aunque no sacudirá a mucha gente, porque los ciudadanos procurarán estar lejos del lugar donde Bob Russell se encuentre.

—¿No asaltará el Banco?

—Oh, no, señorita Mark. Bob Russell es demasiado listo para hacer eso. Si asaltase el Banco tendría detrás a todos los cazadores de recompensas, y ellos son más peligrosos que un *marshall* o que un *sheriff*. No, señorita Mark, Russell dejará el Banco en paz. El sabe vivir sin necesidad de asaltar un Banco o un tren.

En aquel momento se abrió la puerta.

El *marshall* y su ayudante dieron un respingo.

Conocían al hombre que estaba en el hueco. Era uno de los miembros de la pandilla de Bob Russell, William Kent.

—Hola, *marshall*.

—Hola, William.

—Le traigo un mensaje de parte de Bob Russell.

—¿Ah, sí?

—Dice que no quiere verle el pelo mientras él esté aquí. Ni a su ayudante.

Terry tartamudeó:

—Iré a la barbería a pelarme al cero.

—Eres un estúpido —repuso William Kent—. Bob Russell no se refiere a verte la cabeza pelada. Si dice que no quiere verte el pelo, es que no quiere verte la jeta.

—Palabra que meteré la cabeza debajo del colchón.

—La puedes meter en el abrevadero.

—Sí, señor, donde Russell quiera. Patty gritó:

—¿Cómo puede ser tan cobarde, ayudante?

—No intervenga, señorita —gimió Terry—. La última vez Russell me hizo meter la cabeza en una escupidera. Y no sepa la que se armó, porque me obligó a hacer la instrucción con la escupidera como gorro.

William Kent, que era de mediana estatura, regordete y chato, miró a Patty.

—Nena, ¿por qué no me pasas el platillo dentro de un rato?

Nosotros iremos a recogerte el dinero.

La joven se indignó mucho, pero, cuando fue a dar la respuesta adecuada a William Kent, éste ya se había ido.

El ayudante cerró la puerta de golpe.

—Menos mal que se marchó.

Patty puso otra vez los brazos en jarras.

—No he visto nada más bochornoso en toda mi vida, *marshall*. Yo pido dinero para los necesitados. Y ahora me doy cuenta de que los más necesitados son ustedes, un *marshall* y su ayudante. Y no me digan que no tienen la tripa bien llena. Eso se nota. ¡Están necesitados de vergüenza!

Se abrió la puerta y Terry dio un respingo.

—¡Otra vez está aquí! ¡No siga, señorita Kent!

Pero no era el forajido William Kent. Era un joven de unos veintiocho años, moreno, alto, de rostro bronceado.

—Ya sabrá que soy forastero, *marshall* —dijo—. Mi nombre es Tony Radford —se percató de la joven—. Si es su hija, tiene una rosa y hasta huele bien.

Patty lo miró con la boca abierta.

El forastero siguió sonriendo al *marshall*.

—Estoy aquí de paso, jefe. Quiero participar en el rodeo, pero me faltan diez dólares para pagar el derecho a inscripción.

—Lo siento, amigo, pero aquí no damos limosna.

—Yo no quiero limosna, *marshall*. Únicamente aceptaría los diez dólares si me dejase hacer algo por usted. Verá, mientras venía hacia acá me dije: «Quizá me acompañe la suerte y el *marshall* tenga en su ciudad algún problemilla que resolver». ¿Me hago entender, *marshall*? Usted podría tener un hueso un poco durito, y aquí estoy yo para roérselo. Y lo que son las cosas. Sólo tendrá que pagar por este trabajo diez pavos. ¿Hace o no hace, *marshall*?

CAPÍTULO II

Las palabras del forastero Tony Radford habían causado una gran impresión en la oficina.

Patty seguía con la boca abierta. Y ahora también la habían abierto el *marshall* y su ayudante.

—¿Qué les pasa? —Dijo el forastero—. ¿He dicho algo feúcho? Si es así, me largo, y aquí no ha pasado nada. Trataré de contratarme con alguna señora. Alguna necesitará que le corte la hierba del jardín o que le parta la leña.

Dio media vuelta para marcharse.

—Buenos días —se despidió.

—¡Espere!

Era Patty Mark.

—Diga, señorita hija del *marshall.*

—En primer lugar, no soy la hija del *marshall.*

—¿Ah, no?

—Yo también soy forastera. Me llamo Patty Mark.

—Tanto gusto, Patty Mark.

—El *marshall* tiene un trabajo para usted.

—Caramba, qué suerte. El *marshall* gritó:

—¡No tengo ningún trabajo para él! Patty exclamó:

—¿Por qué me miente, *marshall*?

—Señorita Mark, no querrá que este hombre se convierta en cadáver. Y es lo que usted haría con él si lo pusiese en marcha hacia el *saloon* Dorado. ¿Es que no recuerda lo que le dijo Tom Cromwell? ¿También olvidó lo que le dijo William Kent? Bob Russell está con sus forajidos en el *saloon* Dorado. Y apuesto a que no son menos de seis.

Tony Radford intervino:

—*Marshall*, le podría hacer un precio especial.

—¿Cómo ha dicho?

—Puesto que se trata de seis, ya no serían diez pavos. Ya sabe, los diez pavos se referían a un solo tipo. Pero si tengo que meterle mano a seis, le cobraría cincuenta dólares. Como ve, se ahorraría diez pavos.

El *marshall* se quedó de muestra. El ayudante rompió a reír.

—Jefe, el forastero no sabe quién es la persona que está en el *saloon*. Seguro que no la ha oído nombrar.

—¿Y qué importa eso? —repuso Tony Radford. El *marshall* lo señaló con el dedo.

—Oiga, Radford… Bob Russell es el peor tipo que haya podido conocer en su vida. Es un hombre sin escrúpulos, un matón sin entrañas. Le sacaría a usted las tripas y se quedaría tan tranquilo. Le arrancaría las uñas y le contaría luego un chiste. Le sacaría el hígado y se pondría luego a comer un bistec.

—Cincuenta dólares si le libro de esos fulanos. Bueno, usted tendrá que elegir. Si los quiere vivos, se los meteré en la celda. Y si los quiere muertos, usted se encargará de meterlos en el cementerio.

—Muchacho, ¿está usted bien de la cabeza?

—Sí, *marshall*, estoy bien de la cabeza.

El ayudante se acercó a Radford, y lo olfateó.

—No huele a *whisky*, jefe.

—No lo he probado desde hace tres días porque no tengo dinero —dijo Tony.

—¿Y viene sólo aquí a participar en el rodeo?

—Tengo un caballo bastante bueno. Y sé hacer las cosas de un *cowboy*. Me dijeron que en el rodeo daban como primer premio doscientos dólares y quiero ganármelos. Tengo un amigo en Nevada. Es dueño de un rancho y me ha ofrecido la oportunidad de convertirme en su socio. Sólo tengo que pagar mil dólares. De modo que antes de ir a Nevada he de reunir el dinero y pensé que quizá en Parker Dam podría cambiar mi fortuna. ¿Lo entendió, jefe?

—Oh, sí, puede cambiarle tanto que se quedaría con nosotros bajo una losa.

—No se preocupe, jefe. Sé cuidarme. Patty Mark intervino:

—*Marshall*, no acepte.

—¿Ahora dice eso, señorita Mark?

—Ese tipo es un ingenuo. Estoy segura de que es más inocente que un palomo. Tony se señaló con el dedo.

—¿Yo un palomo?

—Eso he dicho.

—Tendré que demostrarle que no soy un palomo, Patty Mark.

—¿Y cómo lo va a demostrar?

—Ahora lo verá.

Tony alargó el brazo, cogió a la joven por la cintura y aplastó su boca contra la de ella. El *marshall* y su ayudante miraban embobados a los jóvenes.

Terry sacudió la cabeza.

—Jefe, si éste es un palomo, yo soy un palomino.

Patty soltaba gruñidos porque Tony la continuaba besando. Ella hacía movimientos con la mano.

—Jefe, hace señales.

—Ya veo que hace señales.

—¿Qué dirá?

—Yo tampoco las entiendo.

Al fin el beso terminó y Patty se tambaleó porque Tony Radford la dejó libre. Patty llevó aire a sus pulmones y gritó:

—¡Estaba haciendo señales porque este bruto me estaba ahogando! Tony Radford se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Caramba, señorita Mark, besarla a usted es como bañarse con la ropa puesta.

—¡Jefe, aquí ha habido un atropello!

El ayudante levantó una mano.

—Ya lo vi, jefe. Fue un beso de tornillo, como los que usted pega a la señora Pikerton cuando están en el sofá.

—¡Terry, deja en paz a la señora Pikerton! ¡Aquí no se habla de la señora Pikerton!

Patty se dirigió hacia Tony con los puños apretados.

—Señor Radford, le dije antes que era un ingenuo. Y ahora debo rectificar.

—Gracias por hacerlo.

—¡Es usted un animal! ¡Así no se comporta un hombre bien educado con una señorita!

—¿Quién dijo que yo fuese bien educado?

—Yo estaba tratando de salvar su piel.

—Deje que yo cuide de mis propios asuntos.

—¿Insiste en ir al *saloon* Dorado?

—Estoy dispuesto a ir.

—¿No tiene miedo?

—Claro que no. Eh, jefe, ¿llegamos a un acuerdo o tendré que ir a los jardines a cortar hierba?

—Está bien, muchacho —asintió Chatterton—. Si usted cree que puede roer el hueso de Bob Russell, no seré yo quien se lo impida. Cuente con los cincuenta dólares, si está vivo para cobrarlos.

—Ésta es mi mano, jefe.

—Y ésta es la mía.

Los dos hombres cambiaron un apretón.

Tony se dirigió hacia la puerta pero se detuvo, miró a Patty y dijo:

—No se aleje mucho, preciosa. Si gano cincuenta dólares, puede que la invite.

—¿A qué me invitaría?

Tony le guiñó un ojo.

—Me gusta guardar los secretos, sobre todo con las mujeres.

—Pero ¿quién se cree que soy?

—Sé que se llama Patty Mark y que es muy linda. Si ahorcaron a su padre, no me importa. Si metieron en la cárcel a su hermano, tampoco me importa. Soy poco remilgoso. A mí cuando una manzana está sana, me gusta morderla. ¿Por qué? Porque no tiene gusano. Y que me maten si no es usted una manzana sin gusanito.

Tony salió de la comisaría.

Otra vez la habitación quedó sumida en un silencio. Terry Saval se pellizcó.

—Jefe, ¿estuvo aquí un forastero llamado Tony Radford?

—Claro que estuvo. Pero puedes estar seguro de que no volverá a estar porque Bob Russell y su pandilla acabarán con él.

Tony Radford entró en el *saloon* Dorado.

Como aquel día empezaba el rodeo, el *saloon* estaba lleno de un público chillón.

Tony atrapó a un camarero por el hombro.

—Estoy buscando a Bob Russell.

—¿Para qué?

—Para romperle la cara.

Al camarero se le cayó la bandeja con una botella y dos vasos.
—¿Cómo ha dicho?
—¿Necesitas que te lo repita?
—Oh, no, entendí bien.
—Pues dime dónde está Bob Russell.
—En la mesa del fondo, jugando al póquer.
—¿Cuál de ellos es?
—El pelirrojo que mide dos metros.
—Gracias.
—Oiga, si le piensa romper a Bob Russell la cara, debería pasarse antes por la funeraria.
—¿Para qué?
—Para encargar su caja.
—Gracioso, muy gracioso —dijo Tony, y se alejó del camarero. Fue hacia la mesa del fondo, donde se jugaba al póquer.
En la mesa había cinco jugadores. Uno de ellos dijo:
—Yo tengo un *full* de reinas, Russell.
—Yo gano —contestó Russell—. Tengo un póquer de ases. Pero no mostró los naipes.
El otro contestó:
—Bob, no puedes tener póquer de ases porque yo tengo un *full* de reinas y ases.
—¿Es que no te vas a fiar de mí, Tim? —Al mismo tiempo, Bob se llevó la mano a la culata del revólver.
El llamado Tim sacudió la cabeza rápidamente.
—Claro que sí, Russell. Claro que me fío de ti… Si tú dices que tienes póquer de ases, es que tienes cuatro ases. ¿Por qué? Porque en esta baraja hay siete ases. Sí, señor. Los hay.
—Ah, ya —dijo Bob, y recogió el dinero. Entonces intervino Tony Radford:
—Oiga, cerdo, usted no tiene cuatro ases.
Bob interrumpió el movimiento de sus manos, y sin levantar la mirada, dijo:
—Tim, este tipo te está llamando cerdo. El llamado Tim sacudió la cabeza.
—Soy un cerdo, Russell. De verdad que soy un cerdo. Y ahora mismo me voy a la porqueriza.
Tony detuvo a Tim poniéndole un brazo en el hombro.

—No, usted no se va a la porqueriza.

—¿No? Entonces, me voy al abrevadero. Ahora mismo me voy al abrevadero y me lo bebo todo. Dios mío, ¿por qué no se me habrá ocurrido decir que en esta baraja hay doce ases?

—Sólo hay cuatro ases —le corrigió Radford.

—Los que tiene Russell —asintió Tim.

—¿Y qué me dice de los dos que usted ha mostrado? Tim tiró los dos ases que tenía encima de la mesa y dijo:

—¡No son ases!

—¿Y qué son?

—¡Gaviotas! ¡Son gaviotas! Tenía un *full* de reinas y gaviotas, y con gaviotas no se puede ganar ningún juego.

Russell sonrió enseñando sus dientes.

—¿Lo oyó, forastero? ¿Oyó a Tim? ¿Cómo iba a ganarme si jugaba con gaviotas?

—No me refería a Tim cuando dije lo de cerdo.

—¿Ah, no? ¿Y a quién se refería?

—A usted, Russell.

CAPÍTULO III

El rostro de Russell aún sonreía.

Hizo chasquear los dedos de la mano derecha e instantáneamente se levantaron cinco hombres de la mesa vecina.

—Chicos, oigan esto porque es digno de oírse. Los cinco tipos se acercaron.

Russell señaló a Tim, el jugador que había perdido con buen juego y dijo:

—A Tim le salió un protector. Tim se escurrió en la silla.

—¡No quiero protección! ¡Yo me protejo solo! Tony lo enderezó en la silla.

—No se convierta en un charco, Tim, y súbase.

—No, por favor, en la silla, no. Déjeme que me vaya.

—No consentiré que lo humillen, Tim. Russell señaló a Tim.

—Muchachito, te has traído a un matoncete porque eres muy mal perdedor. Estabas haciendo trampas con tu par de gaviotas. Y yo te voy a enseñar a ti a respetar mis cuatro ases.

A Tim le resbalaba el sudor por la cara.

—Señor Russell —imploró—, no se ponga usted así. Si quiere, jugamos otra vez. Y si dice que va a tener una escalera de color, es que tendrá una escalera de color, porque es usted un jugador muy honrado. Y en cuanto a este hombre, le juro por mi padre, por mi abuelo y por mi abuela que no lo he visto en mi vida.

—Conque es un entrometido.

—¡Eso es! ¡Un entrometido! Porque no le he dicho que se meta. ¿Cómo se llama usted, entrometido?

—Tony Radford.

—Pues, señor Radford, sepa que el señor Russell es un tipo…

—Indecente.

—Eso es. Indecente… ¡Oh, no quise decir eso, señor Russell! ¡El entrometido me está trabando la lengua! Porque yo siempre he dicho que usted es un tipo…

—Cochino —dijo Radford.

—Sí, señor, cochino. No, no quise decir eso. Dios mío. Pero ¿qué lío me estoy haciendo? Señor Russell, déjeme que me coma un naipe. ¡Me he vuelto loco!

Cogió el as de corazones y le pegó un mordisco. Russell señaló a Radford.

—Usted, el de los ojitos azules.

—Aquí me tiene.

—Haga el resto.

—¿Qué cosa?

—Se va a comer los otros cuatro naipes de Tim.

En aquel lugar de la mesa se hizo un profundo silencio, el cual se fue corriendo por todo el local porque el camarero que se había encontrado con Tony, había empezado a dar la noticia de que un loco había entrado en el *saloon* dispuesto a romperle la cara a Russell.

Tony observó a los cinco hombres que acompañaban a Russell y que estaban de pie, mirándole.

Eran cinco tipos con la vestimenta sucia de sudor y grasa, algunos con la barba crecida.

Russell dijo:

—Estoy esperando que empiece a comerse los cuatro naipes, Ojos Azules. Tim seguía comiéndose el as de corazones mientras hacía rodar sus ojos.

Tony alargó la mano hacia la mesa y cogió los cuatro naipes. Tres reinas y un as. Russell sonrió.

—Los va a tragar sin agua, Ojos Azules.

Tony dejó caer tres naipes en el suelo y se quedó con uno en la mano. El as de pique.

—Russell, usted se va a comer este as.

—¿Qué?

—Abrirá la bocaza y empezará a comerse el naipe.

—Quiero hacerle una pregunta, Ojos Azules.

—Que sea corta.

—¿Está chiflado?

—No, no lo estoy.

—¿Por qué hace esto? Nunca nos hemos visto.

—¿Usted y sus amiguetes me van a proporcionar cincuenta dólares?

—¿Cómo ha dicho?

—Que los meteré en la cárcel a ustedes y a algún amiguete más que tendrá por ahí y yo me voy a ganar cincuenta pavos. ¿Me entendió o quiere que se lo dibuje en el paladar? Tim se escurrió definitivamente de la silla y fue a parar debajo de la mesa.

Russell se levantó y ésa fue la señal para que los otros jugadores se apresurasen a retirarse precipitadamente.

En aquel lugar del *saloon* sólo quedaron Russell, sus cinco compañeros y, al otro lado, Tony Radford.

—Lo vamos a mondar Ojos Azules —sonrió Russell—. Sí lo vamos a mondar como si fuese una naranja. Primero le quitaremos la envoltura de fuera.

—¿Y luego?

—Cuando esté como llegó al mundo, lo untaremos con alquitrán.

—¿Y luego?

—Lo llenaremos de plumas.

—Así que me emplumarán.

—Sólo será el comienzo. Luego vendrá el festejo final. Lo tiraremos por el barranco del Lobo.

—Me gustaría saber cómo van a hacer todo eso.

—Con las manitas.

—Empiecen.

Russell hizo chasquear los dedos y sus cinco hombres se pusieron en marcha.

Tony atrapó la silla que había ocupado Tim y la lanzó sobre dos tipos que había adelantados, los cuales se derrumbaron soltando chillidos.

Los otros tres compinches de Russell se abalanzaron sobre Tony, pero éste cambió de lugar con una velocidad meteórica y puso en marcha sus puños.

Sonaron varios chasquidos.

Los puños de Tony Radford causaron estragos.

Uno de los fulanos arrolló mesas y sillas y fue a clavar la cabeza en el mostrador.

Otro de los forajidos hizo una cosa muy extraña al recibir un golpe entre los dos ojos. Salió corriendo hacia atrás, subió la escalera con una velocidad increíble. Y al llegar arriba, bajó muy rápidamente y se estrelló contra una columna.

El quinto compañero de Bob Russell fue golpeado en la mandíbula y subió hasta el techo. Alargó la mano y se colgó de una lámpara y se puso a balancearse de un lado a otro.

—¡Baja de ahí, Glen! —ordenó Russell.

Glen se bajó pero fue a caer en una mesa, la cual reventó y el muchacho quedó conmocionado entre las astillas.

Russell se había quedado sin sus cinco compañeros en unos instantes.

—¡Brutus! —gritó.

Una puerta de un reservado fue arrancada de cuajo y apareció un tipo con aspecto de oso. Tenía en una mano un vaso de *whisky* y a una mujer subida en el cuello.

—Mande, patrón.

—Deja el vaso y lo otro. Y ven a hacer un arreglo. Brutus dejó la botella y a la *girl.*

—En seguida vuelvo, nena… Eh, jefe, se está corriendo aquí una gran juerga. ¿Por qué no me llamó?

—Aquí tienes al tipo que reparte las entradas para el espectáculo —señaló a Radford—. Quiero que le saques dos palmos de lengua.

—Eso está hecho, jefe —dijo Brutus, abriendo los brazos como un oso.

Tony atrapó un palo de los restos de una mesa y lo estrelló contra la cabeza de Brutus, pero éste siguió sonriendo.

—Nene, esto no se hace.

Tony le pegó un patadón en el vientre.

—Nene, que te la ganas.

Tony le estrelló el puño en la frente.

—Nene, que te voy a hacer daño.

Y luego se derrumbó y quedó sin conocimiento. Russell gritó:

—¡Ojos Azules, ahora te toca conmigo!

—No me perdería esto por nada del mundo.

—Te voy a poner las piernas alrededor del cuello.

Russell se abalanzó sobre Tony, pero éste lo paró pegándole un tremendo derechazo en la cara.

Russell trató de alcanzar a Tony, pero éste le burló una y otra vez y lo siguió golpeando. Russell quedó un poco atontado. Y entonces Tony le pegó un sacudón en el cuello. Russell cayó en el suelo de rodillas.

Tony cogió el naipe, el as de pique, y dijo:

—A comer, Russell.

Lo hizo una bola y se lo metió en la boca.

—¡A comer he dicho! —Y le soltó una bofetada—. ¡Date prisa, Russell! No tenemos todo el día para que te comas la bazofia.

Los espectadores que había en el *saloon* estaban asombrados porque no querían dar crédito a lo que estaban viendo.

Russell terminó de tragar el naipe.

Tony vio por el rabillo del ojo que alguien iba a disparar sobre él. Se volvió rápidamente, desenfundó e hizo fuego.

Un tipo que tenía un ojo cubierto por un trozo de cuero negro, soltó un aullido de pánico cuando vio que el revólver le volaba de las manos.

—No te mataré con una condición.

—¿Cuál?

—Empieza a despertar a tus compañeros. Os venís conmigo a la cárcel.

—Sí, señor.

El Tuerto cumplió su parte. Empezó a despertar a sus amigos. Tony Radford los fue desarmando.

Russell se tambaleó pero El Tuerto lo mantuvo en pie.

—A la calle —ordenó Tony. El grupo se puso en marcha.

Muchos espectadores fueron detrás.

—A la comisaría —dijo Tony.

La extraña comitiva despertaba el interés de las personas que se encontraban en las aceras o en la calzada.

Tony ordenó al Tuerto que abriese la comisaría.

—Adentro.

El *marshall* Chatterton, su ayudante Terry Saval y la joven Patty Mark miraron con estupor la aparición de aquella gente. Unos forajidos se quejaban, otros escupían dientes. Y Russell se cogía el estómago, porque, al parecer, el naipe le había sentado muy mal.

—¡Quiero un purgante! ¡Quiero un purgante!

—¿Qué está esperando, jefe? —Dijo Tony—. ¡Abra esa celda!

—¡Ayúdame, Terry!

Paul Chatterton y Terry Saval abrieron las celdas y en cada una de ellas metieron tres hombres y cerraron las puertas.

Tony Radford alargó la mano.

—Jefe, escupa los cincuenta dólares.

—Creo que se los ha ganado.

—Ya puede estar seguro de que los gané.

—¿Cómo consiguió zurrarles?

—Esta gente es dura de mollera, sobre todo ese Russell. Pero todo se arregló. La joven estaba muda y ahora recuperó el habla:

—Señor Radford, ¿se da cuenta de lo que podría hacer usted?

—Oh, sí, desde luego. Iré a Nevada para asociarme con mi amigo, el del rancho.

—No me refería al rancho, sino a la ley.

—¿Qué le pasa a la ley?

—Hay muchos pueblos en Texas, en Colorado, en Nuevo México y en otros estados que necesitan hombres como usted.

—Pero no me puedo dividir, señorita Mark.

—Lo que quiero decir es que usted podría estar en cualquiera de ellos imponiendo la justicia.

—No es mi oficio, señorita Mark. Yo quiero ser ranchero. Lo de la ley y la justicia, es cuenta de otros. El trabajo tiene que estar repartido, ya que cada uno debe hacer el que le guste. Y a mí me gustan las reses, ¿lo entiende?

El *marshall* Chatterton le entregó los cincuenta dólares.

Tony contó los billetes ayudándose con los dedos, que se pasaba por los labios para mojarlos.

—Si, *marshall* —rezongó—. Hay cincuenta dólares. No me timó nada.

Tony se acercó a la joven y sonrió guiñándole un ojo.

—Manzanita, ¿se viene conmigo? Patty levantó la barbilla.

—No soy una manzana, señor Radford. Y cuanto más pronto se le quite de la cabeza, será mejor. Me dedico a socorrer a los necesitados, a los que sufren, a los que tienen hambre. ¿Me da un donativo?

—¿Un qué?

—Una limosna para las personas de las que yo me preocupo. Tony le dio un dólar.

—Ahí tiene, señorita Mark. Pero se ganaría cinco pavos más, si se viniese conmigo.

—¿Adónde?

—La invitaría a cenar y luego…

—No siga, señor Radford. Le dije que no era una *girl.*

—Bueno, no hace falta que se ofenda. Si no quiere venir conmigo, no viene conmigo y se acabó. Pero le aseguro que soy un buen muchacho con las chicas. Todas han quedado satisfechas conmigo. Y si alguna vez pasa por Los Romeros, pregunte a Mary *la Mula.*

Y ella le dirá quién es Tony Radford.

—¿Mary *la Mula*? —repitió Patty como una sonámbula.

—Mary *la Mula* y yo somos como éste y éste. —Tony entrelazó los dedos—. Una gran chica esa Mary… Simpática, pecosilla… Hasta la vista, señorita Mark… Adiós *marshall*. Que lo pase bien, ayudante.

Tony se dirigió hacia la puerta. Pero se devolvió y miró las celdas.

—Eh, Russell, recuerde que una baraja sólo tiene cuatro ases. Bob gimió:

—Y el as de pique lo tengo yo ahora en el estómago, maldito.

CAPÍTULO IV

Patty Mark volvió al callejón del Ángel.

Algunos hombres se habían encargado de poner en pie el carro. Pero no vio a su abuelo Jonathan por ninguna parte.

Empezó a soltar imprecaciones. Ya sabía dónde estaba su abuelo Jonathan. En el bebedero, como él decía. En el *saloon* o en la cantina más cercana. Aquella mañana ella le había dado un par de dólares y, naturalmente, Jonathan estaría convirtiendo los dos dólares en *whisky*.

Tendría que buscar a su abuelo y sacarlo del bebedero en que se encontrase. De pronto oyó un canturreo.

Era su abuelo Jonathan. Pero no venía solo. Lo acompañaba un rubio alto, de ojos verdosos y cara granujienta.

—Nietecita, ¿ya se arreglaron todos tus males?

—Nuestros males no se habrían arreglado contigo. Has hecho lo de siempre. Has tenido una oportunidad y te has largado a la cantina.

—La fortuna ha llamado a nuestra puerta.

El abuelo señaló al rubio que estaba a su lado, y el joven se despojó del sombrero e hizo una reverencia.

—Patty Mark, yo soy Richard Diller y mi amuleto me dijo esta mañana que nuestra fortuna iba a cambiar.

—¿Qué fortuna?

—La tuya y la mía. La joven rezongó:

—Abuelo, ¿me has vuelto a vender?

Jonathan lanzó una carcajada.

—No, querida. ¿Cómo iba a hacer una cosa así?

—Ya lo hiciste una vez, cuando estabas borracho. Y tuve que escapar del establo donde me había encerrado el comprador.

—Cariño, yo me había bebido una docena de vasos.

—¿Y cuántos vasos bebiste ahora?

—Dos nada más, Patty. Y si no me crees, que lo diga Richard Diller.

—Sí, linda Patty —asintió el rubio—. Dos vasos.

—Oiga, ¿de qué basurero salió usted, Diller?

El rubio lanzó una carcajada y dio una palmada en la espalda de Jonathan.

—No me engañaste, Jonathan. Tu nieta es un primor.

—¿La encuentras en condiciones?

—Reúne todas las que necesitamos. Patty rezongó:

—¿De qué están hablando? ¿Para qué me necesita usted, rubio granuja?

—Eh, Patty, yo no soy un granuja. Palabra que no lo soy. En todos los sitios por donde he pasado, he dejado bien sentada mi honradez.

—¿De qué color es?

—¿La honradez?

—Eso pregunté.

—La honradez no tiene color.

—Claro, usted no la ha visto ni por el forro.

—¿Por qué me atacas, Patty? Todavía no sabes lo que te voy a decir.

—¿Me tiene que decir algo?

—Vas a oír lo más importante de tu vida. Tu abuelo me ha explicado que te preocupas por los necesitados. Bien, eso significa que tienes un gran corazón. Te sacrificas por el prójimo. Sí, señor, eso es maravilloso. ¿Y qué haces para ayudar a los demás? Tienes que cantar1 y luego pasar el platillo. Y eso siempre resulta expuesto, como se demuestra con lo que te ha pasado aquí.

—Oiga, rubio, sólo está diciendo cosas que yo sé porque llevo tres años haciendo lo mismo. ¿Por qué no va al grano?

—Iré al grano. Querida Patty, tienes a tu alcance cien mil dólares.

—Ja.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho ja.

—¿Qué quiere decir ja?

—Rubio, ya te puedes ir otra vez al bebedero —lo tuteó Patty. Richard Diller se carcajeó.

—Abuelo, ¿quieres repetírselo?

Jonathan sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Patty, éste es un negocio de cien mil dólares. La joven se burló de ellos.

—Oh, sí, abuelo. Ya sé de qué se trata. El señor te va a vender el mapa de una mina de oro. ¿O será el mapa de un terreno petrolífero?

—¿Oro? ¿Petróleo? —repitió el rubio—. No, Patty, no es nada de eso.

—¿Diamantes?

—No continúes porque no acertarás. Es dinero efectivo. En monedas de oro y billetes.

—¿Y en qué rincón de la calle están? Anda, escúpelo, rubio. Dime en qué lugar tengo que meter mi mano para sacar los cien mil dólares.

—Sólo tienes que hacerte pasar por la hija de un pistolero.

—¿Qué?

—Los cien mil dólares fueron producto de un asalto. Y están escondidos muy cerca de Parker Dam.

Patty borró de su rostro la expresión de incredulidad. Empezaba a pensar que lo que contaba el rubio pudiese ser verdad.

—¿Cuándo se cometió ese robo, Diller?

—Hace diez años. Todos los que tomaron parte en este asalto murieron. Todos menos uno. Justamente el jefe de la pandilla. Roland Cabot.

—¿Y dónde está Roland Cabot?

—Los atraparon a todos y los condenaron a largas sentencias de cárcel. Pero Roland Cabot salió hace unas semanas.

—Y viene aquí a recoger su botín.

—Pero no podrá hacerlo por sí mismo. Da la casualidad de que necesitará la ayuda de alguien. Roland Cabot está ciego. Por eso le soltaron de la cárcel. De lo contrario, habría muerto en ella como sus compañeros. Pero al quedar sin vista, pidió clemencia. Y se la concedieron.

—Espera a ver si me he enterado. Roland Cabot cometió un asalto hace diez años.

¿Cuántos iban con él?

—Cuatro.

—¿Y los cuatro murieron?

—Dos, al tratar de escapar. El tercero murió acuchillado por otro de los reclusos en la propia cárcel.

Y el cuarto estiró la pata porque le atacó el tifus.

—De acuerdo. Roland Cabot viene a Parker Dam a por sus cien mil dólares. Y está ciego.

¿Qué tengo que ver yo con eso?

—Te harás pasar por su hijita.

—Oh, sí, lo dijiste antes. La hija del pistolero. Y como está ciego, se lo creerá.

—Roland Cabot podía tener una hija. Más o menos de tu edad.

—¿Cuánto tiempo hace que no la ve?

—Roland Cabot dejó de verla cuando ella tenía dos o tres años.

—Y tú crees que si yo me presento como hija, él se lo creerá. Y me usará de lazarillo para ir al lugar donde escondió su botín.

—Bravo, Patty, lo entendiste muy bien.

—¿Sabes lo que te digo, Richard? Que tendrás que ponerte unas melenitas para hacerte pasar por la hija de Roland Cabot.

—Yo no puedo hacer eso. Mi voz no es de mujer.

—Estoy segura de que podrás atiplarla.

—Mi piel es muy basta.

—Dicen que con la piedra pómez se consigue una piel muy fina. ¡Y ya basta de tonterías! Abuelo, la próxima vez que te escapes al *saloon* o a la cantina, ten más cuidado con la gentuza que conoces.

Richard Diller dijo:

—Hay diez mil dólares de recompensa. O sea el diez por ciento de la cantidad total. Te daré la mitad, Patty. Cinco mil dólares para ti si atrapamos el botín. ¿Te das cuenta de lo que podrías hacer con cinco mil dólares? ¿A cuántas personas podrías ayudar?

—A muchas.

—Entonces, acepta el trabajo que te confío. La joven arrugó el ceño.

—¿Piensas que Roland Cabot va a creer que yo soy su hija?

—Tendrá que creerlo.

—¿Por qué estás tan seguro?

El rubio rió mientras sacaba del bolsillo un objeto. Era un

medallón con su cadena. En el medallón había sido esmaltado a fuego el rostro de una mujer.

—¿Qué es eso?

—El medallón de tu madre.

—Yo no conocí a mi madre.

—Me refiero a la madre de la hija de Roland Cabot.

Patty cogió el medallón y vio una mujer de rostro muy bello.

—¿Quién era ella, Richard?

—Lili del Monti. Una mujer sensacional. Una *girl* que volvió loco a Roland Cabot. Tuvieron amores y fruto de ellos, fuiste tú, quiero decir la pequeña Dolly.

—De modo que me llamo Dolly.

—Celebro que hayas aceptado.

—Todavía no he aceptado. Anda, dime, ¿cómo llegó el medallón a tu poder?

—Lo encontré en una prendería de Kansas City. Yo tenía catorce años cuando vi a Lili del Monti. Me enamoré de ella. Se me quedó grabado su rostro y, cuando lo vi en el escaparate de la prendería, la reconocí al instante, y lo compré.

—¿Y cómo te enteraste de la historia del asalto? Diller se miró la punta de las botas.

—Yo estaba en la prisión con Roland Cabot.

—Ya has dejado bien sentada tu honradez.

—¡Me encerraron por una confusión!

—Siempre pasa lo mismo.

—Tienes que creerme, Patty. Yo trabajaba en una compañía de algodones. Y el viajante se llevó un montón de dinero para escaparse con una pelirroja. Yo era su ayudante y me trincaron. Sí, señor, tiene que haber algún primo que pague los pecados de los demás. Yo le dije al tribunal: «Caballeros, si yo he robado algún dinero de la caja de la compañía de algodones, que se caiga el techo encima». Y tuve la mala desgracia de que en ese momento se produjo un terremoto. No se cayó el techo, pero el terremoto me convirtió en un desgraciado. El tribunal creyó a pies juntillas que yo era un ladrón. Me condenaron a tres años. Pasé algún tiempo con Roland Cabot en su celda, y él me confió algunos trozos de su historia, lo de sus amores con Lili, lo de su hijita Dolly, lo del asalto.

—Pero no te dijo dónde guardó el botín.

—Eso era un secreto que Roland Cabot llevaba en el pecho y que no compartía con nadie. Pero tú se lo vas a arrancar, nena.

—¿A quién robó Roland Cabot los cien mil dólares?

—Al Banco de Jefferson City.

—O sea, que si nosotros recuperamos los cien mil dólares, los devolveremos al Banco de Jefferson City.

—Naturalmente.

—Y nos conformaremos con la recompensa. El diez por ciento.

—Lo has comprendido muy bien, preciosa.

—¿Dónde está ahora Roland Cabot?

—Acaba de llegar a esta ciudad. Se hospeda en el hotel Martinica.

—¿Ha venido solo?

—Claro que ha venido solo. Viaja muy despacio, debido a su ceguera. Algunas personas se han querido acercar a él, pero Roland Cabot los echa de su lado como si fuesen la peste.

—También arrojará de su lado a la mujer que se acerque a él diciendo que es su hijita. ¡El está ciego! ¿Crees que porque toque mi medallón va a creer que soy su hija? Cualquier chica podría ponerse un medallón parecido.

—Eres lista, muchacha. Sí, señor, cada vez estoy más satisfecho de haberte conocido…

—Se acabó el negocio.

—Ni hablar, Patty. Cualquier chica podría ponerse un medallón que fuese parecido a éste. Pero ninguna chica sabría los detalles que yo puedo dar acerca de Lili del Monti y de Roland Cabot. Te he dicho antes que fui un admirador de Lili. Y por eso pude acumular mucha información sobre ella. Y estuve encerrado en la misma prisión que Roland Cabot. Y sé cosas de él. Muchas cosas que Roland Cabot dijo en sueños respecto a Lili del Monti y a la niña.

—¿Qué fue de las dos, de Lili del Monti y de la hija?

—Lili del Monti murió en un accidente ferroviario, hace dos años, cuando se dirigía a Chicago. En cuanto a la niña, Lili la entregó en un colegio de Abilene… Estaba al lado de un río. Hubo una terrible inundación. Medio centenar de criaturas desaparecieron en la noche, arrolladas por el agua. Y una de las desgraciadas fue Dolly Cabot.

CAPÍTULO V

Roland Cabot estaba tendido en su cama, en la habitación número 14 del hotel Martinica.

La puerta se abrió silenciosamente. Dos hombres entraron sin hacer ruido.

Tenían el revólver muy bajo. Uno era rubio, de cejas blancas, y el otro más alto, de rasgos caballunos.

Roland Cabot frisaba los cuarenta y cinco años y era robusto, de cabeza poderosa.

—¿Ya habéis llegado, puercos?

Cejas Blancas y Cara de Caballo dieron sendos respingos.

—Te siguen oliendo los pies, Rock. Cabot soltó una risita desde la cama.

Cejas Blancas se miró los pies e hizo una mueca. Miró a su compañero que estaba tan impresionado como él. Cabot dijo:

—Y en cuanto a ti, Dick Lewis, sigues con tu cara de caballo. Y lo peor es que hueles a caballo, como si durmieses con los animales a cuatro patas que relinchan. ¿Creéis que me la podéis pegar, par de imbéciles? Sabía que me estabais siguiendo. Os diré desde cuándo. Desde hace seis días. ¿Por qué lo sé? Por vuestro olor a pies y a establo.

Cejas Blancas miró a su compañero y éste soltó una risita.

—Roland, ¿cómo estás?

Cabot no se había inmutado. Estaba fumando un grueso cigarro. Después de haber dado una chupada y expulsar el humo dijo:

—Si estoy fuera de la cárcel, me encuentro bien. Ya sé que a vosotros os soltaron unos meses antes que a mí.

—Nos dio mucha pena saber que te habías quedado ciego, y hemos venido para ayudarte.

Roland Cabot se echó a reír.
—¿Ayudarme, a qué?
Cejas Blancas respondió con rapidez:
—A sacar el botín.
Cara de Caballo le pegó en la espinilla.
—Estúpido, no venimos a eso.
Cabot estremeció los hombros, sin dejar de ver.
—Sois un par de buitres…
Dick Lewis echó a andar hacia la cama.
—Me gustaría saber si de verdad estás ciego, Cabot.
Cabot tenía los ojos entornados.
—Estoy ciego. De lo contrario, el doctor no me hubiera echado de la cárcel.
—Tuvieron clemencia contigo, ¿eh?
—Sí.
—Yo no la voy a tener.
—¿No, Lewis?
—Voy a poner mis cartas boca arriba, Cabot.
—Enséñame tu juego.
—Nosotros tres iremos en busca del botín.
—¿Y qué más?
—Sacaremos la pasta y la dividiremos.
—¿En cuántas partes?
—En tres.
—Así que, un tercio de cien mil dólares será para Pies Apestosos, otro tercio, para Cara de Caballo…
—Y el otro tercio para el Cegato. —Lewis rió sus propias palabras. Roland Cabot tampoco perdió el buen humor.
Y dado que los dos se reían, también rió Cejas Blancas, que era un retrasado mental. Dick Lewis se frotó las manos.
—Da gusto llegar a un acuerdo.
—No estamos de acuerdo —dijo Cabot.
—¿En qué no estamos de acuerdo?
—No iré con vosotros a ninguna parte.
Cejas Blancas gritó mientras sacaba una caja de fósforos:
—¡Le voy a pegar fuego a los pies! ¡Le voy a asar los pies a Cabot, Dick! ¡Ya verás cómo canta! ¡Y lo vamos a dejar sin un centavo!

Dick lo detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—¿Has oído, Cabot? Rock quiere achicharrarte la planta de los pies. Y sabes que es capaz de hacerlo.

—Sé que ese hijo de perra ha quemado los pies a más de cinco personas. Nunca se le pudo probar nada. Pero al fin lo metieron en la cárcel, por haber hecho arder un granero.

Cejas Blancas rió estridentemente.

—Sí, Cabot, he hecho arder a muchas personas. Pero ya hace mucho tiempo que no hago arder a ninguna.

—¿Serías capaz de pegar fuego a un pobre ciego?

—Lo haré, Cabot. Juro que lo haré, si no nos llevas a donde está el botín. Dick dio un suspiro.

—Cabot, sería mejor que nos llevásemos bien. Después de todo, somos compañeros… Hemos pasado algunas Navidades juntos. Los tres cantábamos a coro en la cárcel. ¿Te acuerdas de aquella canción?

> «Oh, camarada, dame un abrazo y subamos juntos a la cumbre».

—Enternecedor.

—Soy un tipo sentimental, Cabot. No lo puedo remediar. Cuando escucho esas canciones navideñas, me pongo a llorar.

—Es una suerte para nosotros. Falta mucho para la Navidad.

—Quiero pasar las próximas Navidades en San Francisco de California.

—Por mí, te puedes ir ya a San Francisco.

—Iré a San Francisco con treinta y tres mil trescientos treinta y tres dólares.

—El tercio del botín.

—Da gusto que lo entiendan a uno.

Cejas Blancas entendía muy poco de lo que se decía allí.

—Dick, ¿por qué estás diciendo tantas tonterías? ¿Por qué cantas eso de «*Oh, camarada…*»? ¡Era una canción espantosa! ¡No me gustaba! ¡Yo prefiero la canción de la pulga! La que cantaba Miriam mientras se quitaba la ropa.

Cabot rió.

—Te buscaste un buen compañero, Dick. Esté chiflado.

Cejas Blancas pegó un salto y ya tenía el fósforo encendido en la mano.

—¡Déjame que le pegue fuego a la cama, Dick! ¡Hará arder a este hijo de perra! Dick lo detuvo.

—¡Todavía no, Rock!

—¿Cuánto vas a esperar, Dick?

—Lo arreglaré yo ahora mismo.

—¿De qué forma?

—Ten paciencia.

Roland Cabot quiso aprovechar su oportunidad. Lo había estado esperando desde un principio. Tiró del revólver. Pero Lewis estaba muy cerca de él y saltó sobre la cama pegándole un mandoble con el filo de la mano.

Cabot perdió el revólver y lanzó un grito de dolor.

—¡Maldito seas, Lewis! Cara de Caballo sonrió.

—¿Qué querías, Cabot? ¿Emplomarnos? Rock chilló:

—¡Nos iba a matar! ¡Cabot nos iba a matar como a dos conejos! Dick sacudió la cabeza.

—Tú lo has querido, Cabot. Se acabaron las cortesías. Sacó su revólver y se acercó al lecho.

—Cabot, te diré lo que voy a hacer contigo. Empezaré por romperte el hueso de la nariz. Eso duele mucho. Me lo rompieron una vez y sé que duele mucho. Cuando te haya roto el hueso de la nariz, te romperé los dientes. ¿Te pegaron también algún culatazo en los dientes?

—No.

—Pues también sabrás si duele.

—Me imagino que dolerá mucho.

—Te daré cinco segundos, Cabot. Sólo cinco segundos para que nos digas dónde escondiste el botín de los cien mil dólares.

—No lo diré.

—Cuando te haya roto el hueso de la nariz, te haré otra vez la pregunta. Voy a empezar a contar: Uno… Dos… Tres… Cuatro…

En aquel momento se abrió la puerta.

—¿Se puede? —dijo una voz.

Cejas Blancas ya estaba vuelto. Tenía una mano en el revólver. Vio a un hombre alto de unos veinticinco años, tez bronceada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Me alojo en la habitación de al lado. Y escuché algunas cosillas de las que se decían aquí.

—Tiene buen oído.

—No me puedo quejar.

—¿Cómo se llama?

—Tony Radford.

—Pues le voy a decir una cosa, Radford. Escuchar las conversaciones de los demás, es una falta de educación muy grave.

—¿Ah, sí?

Cejas Blancas continuaba con la caja de fósforos en la mano y dijo:

—¿Oyó lo que iba a hacer con Roland Cabot?

—Sí, le iba a pegar fuego.

—Pues le voy a pegar fuego a usted.

—No me gusta que me asen.

—Pues le voy a asar, muñeco. Le voy a asar de la cabeza a los pies. Dick Lewis intervino:

—Ya basta, Rock. Ten calma.

—¡No puedo tener más calma! Primero no me dejaste quemar a Cabot. Y ahora no me dejas quemar a Tony Radford.

Radford chasqueó la lengua.

—Yo haré una oferta. Lewis soltó una risita.

—Creo que le voy a adivinar el pensamiento. Usted también ha venido detrás de Cabot. Se ha enterado de lo del botín y ha venido a por su parte.

—Se equivoca, amigo. Nunca había oído hablar de Roland Cabot. Pero ahora ya sé qué clase de potaje se está cociendo aquí… Mi oferta se refería a que el de las cejitas blancas y usted, el de la cara de caballo, se largasen.

Lewis sonrió.

—Con que nos tenemos que marchar, ¿eh? Es usted muy listo. Nosotros nos marchamos y usted le pasa la factura a Cabot. Después de todo, Cabot tendría que estarle agradecido porque le ha salvado la vida.

—De momento, sólo quiero salvarle de que le rompan la nariz y los dientes.

—Pues le voy a dar la sorpresa, Tony. Usted no va a impedir que

le rompamos el hueso de la nariz y los dientes. Pero antes vamos a hacer el trabajo con usted.

Y cuando se quede sin sentido de tanto que le duela, nos ocuparemos de Cabot.

—Será mejor que lo piense.

—Ya está pensado.

—Si trata de sacar el revólver, me los cargo. Cejas Blancas rió de nuevo.

—Eh, Dick, somos un par de suertudos. Aquí tenemos a un muchacho que quiere servirnos para entretenernos con el revólver.

—Sí, eso parece, Rock.

Roland Cabot había guardado silencio desde que entró Tony.

—Oiga, señor Radford —habló ahora.

—Diga, Cabot.

—¿Sabe que estos dos tipos son pistoleros?

—Lo supe desde que me los eché a la cara.

—Son buenos con el «Colt». Rápidos y certeros. ¿Me va a decir que también usted es pistolero?

—No Cabot, no lo soy. Vine a Parker Dam sólo para intervenir en el rodeo. Quiero ganar un premio de doscientos dólares. Soy *cowboy*, pero no pistolero.

Cejas Blancas rió con estridencia.

—¿Qué estamos esperando, Dick? Tiraron del revólver.

Roland Cabot oyó un estruendo.

CAPÍTULO VI

Cejas Blancas se cayó por la ventana, pero no lo hizo porque le hubiesen entrado ganas de suicidarse. Voló por el hueco empujado por dos proyectiles.

Lewis no salió escupido por la ventana. Tropezó contra la pared, pero también él tenía dos plomos en el pecho. Miró con ojos desorbitados al nombre que, según él, era sólo un *cowboy*, pero no pudo decir nada porque se le escapó la vida en aquel instante y se desplomó.

Tony continuaba junto a la puerta. Cabot, tendido en el lecho, dijo:

—Sois un par de canallas por haber matado, a ese pobre hombre que trató de defenderme.

—Logré defenderle, Cabot.

—¿Esa voz…? ¿Es usted, Radford?

—Sí.

—¿Está moribundo?

—Ni siquiera me rozaron con uno de sus plomos.

—¿Y sus enemigos?

—El de las cejas blancas se fue a parar a la calle. El otro está aquí, en un rincón, pero ya no podrá romperle la nariz a nadie.

Cabot hizo un gesto de admiración.

—Usted dijo que era un *cowboy*.

—Lo soy.

—Demonios, maneja muy bien el revólver.

—No me puedo quejar, Cabot.

—Muchacho, esto que acaba de hacer conmigo se lo voy a agradecer toda la vida.

—No, no le voy a permitir que me lo agradezca, Cabot.

—Claro que sí, muchacho. Tengo dinero. ¿Lo oyó, verdad? Tengo un botín, pero no se lo diga a nadie… ¿Estamos solos, Radford?

—Sí, por ahora estamos solos.

—Yo pegué un asalto hace diez años. Todos mis muchachos murieron. Me condenaron, pero no me sacaron el escondite del botín. ¿Lo entiende, Radford?

—Le comprendo perfectamente.

—Estoy ciego y no puedo llegar hasta el lugar del botín. Pero tú me ayudarás, Tony.

—No, Cabot.

—¡Hay cien mil dólares!

—Sí, oí que hay cien mil dólares; pero no me interesa.

—Eh, chico, has dicho que vas a participar en un rodeo para ganar doscientos dólares.

—Cierto.

—¿Cuál es tu sueño?

—Ir a Nevada para asociarme con un amigo que tiene un rancho.

—¿Y cuánto dinero tienes ahora?

—No llega a cincuenta dólares.

—¿No tienes nada más?

—No, señor, pero cuando gane el rodeo, tendré doscientos dólares. Y luego participaré en otros rodeos, y ganaré premios hasta que reúna en dinero los mil dólares que necesito para asociarme con mi amigo.

—Olvida eso, Tony… Ya no hace falta que participes en ningún rodeo. Te daré un buen pellizco. ¿Qué te parecen diez mil dólares?

—No, gracias.

—Está bien, admito que mi oferta no ha sido generosa. Esos tunantes me habrían matado después de haber conseguido que yo les dijese dónde estaba el botín. Doblaré la cantidad. Te daré veinte mil dólares.

—No me interesa.

—¿Por qué no?

—Es dinero robado.

—¿Eh…?

—Usted asaltó algún lugar.

—Fue un Banco. El Banco de Jefferson City.

—Ese dinero sigue siendo del Banco.

—¿Del Banco? ¿Qué estás diciendo, Tony? He estado muchos años en la cárcel. Pagué por mi botín. ¡Y ellos me dejaron ciego! Contraje una enfermedad en la prisión que no habría contraído fuera. ¡Me dejaron ciego! ¿Me oyes, Tony? ¿No crees que un hombre al que han dejado ciego merece una compensación?

—Creo que sí.

—Celebro que estés de acuerdo conmigo.

—Devuelva el dinero que robó.

—¿Eh?

—Estoy seguro de que el Banco de Jefferson City, se mostrará amistoso. Seguro que puede llegar a un acuerdo con ellos. Le darán el diez por ciento del total.

—¿Diez mil dólares?

—Eso es. Diez mil dólares. Tiene bastante para usted.

—¿Crees que diez mil dólares son bastante por los años que he estado encerrado? —Se llevó las manos a los ojos—. Sin contar mi ceguera.

—Nadie le obligó a asaltar el Banco de Jefferson City.

—No, nadie me obligó. Fue una idea mía.

—Entonces, no debe culpar a nadie por haber sido encerrado en la cárcel o por haberse quedado ciego.

—¿Qué clase de tipo eres tú?

—Un hombre que quiere conseguir su dinero honradamente.

—¿Un estúpido?

—Puede insultarme lo que quiera. Hasta la vista.

—¡Espera, Tony! ¿Por qué no piensas un poco, muchacho?

—Hay cosas para las que uno no necesita pensar. Se deciden rápidamente porque están claras. Y ésta es una de ellas, Cabot. No me haré cómplice de un asalto.

—¡No vas a cometer un asalto!

—Me quiere hacer beneficiario de un botín. Y para mí es lo mismo. No cuente conmigo.

—Entonces, ¿por qué te jugaste la piel por mí?

—Usted es ciego y esos hombres le iban a atormentar. Yo no lo podía consentir.

—¿Me quieres decir que lo hiciste a cambio de nada?

—Sí, Cabot. A cambio de nada.

—Estás tan loco como Cejas Blancas.

En aquel momento, Radford oyó pasos.

Volvió la cabeza y vio entrar al *marshall* Chatterton.

—¿Usted otra vez, Tony?

—Yo otra vez, *marshall*.

—¿Me va a decir que se cargó también al pistolero que cayó en la calle?

—Sí, y también me cargué al del rincón.

El *marshall* vio, al hombre que estaba muerto en el rincón de la pared y se pasó una mano por la cara.

—Infiernos, Tony, usted no se priva de nada. Vio al hombre que estaba en el lecho.

—¿Es usted Roland Cabot?

—Soy Roland Cabot, *marshall*.

—Señor Cabot, ha sido usted todo un personaje.

—Ahora estoy retirado.

—Ya veo que es verdad lo que leí. Está ciego.

—Sí, *marshall*. No veo nada, pero sé moverme de un sitio para otro. Mis otros sentidos se han agudizado mucho. Es lo que les pasa a casi todos los ciegos.

—¿Por qué se originó este tiroteo?

Cabot habló antes de que lo hiciese Tony:

—*Marshall*, usted ya sabe que se cuentan muchas leyendas de mí. Una de ellas se refiere a cierto botín. Es cierto, existió ese botín, pero yo no supe dónde lo escondió uno de mis hombres. Y el muy imbécil se murió en la cárcel antes de decirlo. Pero nadie me cree. Todos piensan que miento.

Cabot guardó silencio y esperó que Tony le contradijese.

—Buena suerte, señor Cabot —le oyó decir.

—Gracias, muchacho.

—Hasta luego, *marshall*. Voy a inscribirme en el rodeo.

El *marshall* soltó un gruñido mientras Tony salía de la habitación. Cabot señaló el lugar donde se encontraba el cadáver de Lewis.

—*Marshall*, ¿quiere llevarse el muerto para que pueda dormir un poco?

—Desde luego, señor Cabot.

El *marshall* cogió por las piernas a Dick Lewis y lo arrastró hasta sacarlo de la habitación.

—Y por favor, *marshall* —agregó Cabot—, dígale a un empleado que limpie un poco la alcoba.

El empleado del hotel vino después con un cubo de agua y un trapo y limpió los restos de sangre.

Cabot siguió fumando el cigarrillo en la cama.

Finalmente, el empleado se marchó, dejando a solas al huésped. Otra vez se abrió la puerta.

Cabot dio un respingo.

Pensó que pudiese ser Tony Radford y que venía a decirle que aceptaba los veinte mil dólares del botín. ¿No había significado eso su silencio, cuando él, Cabot, le dijo al *marshall* que ignoraba el lugar donde estaban escondidos los cien mil dólares?

—Hola, Tony, te estaba esperando.

—No soy Tony.

Era una voz de mujer.

—¿Quién es usted?

Era Patty Mark. Tenía en el cuello el medallón que le había dado Richard Diller.

La joven se mordió el labio inferior.

Estuvo tentada a dar media vuelta y marcharse. Pero recordó las palabras de Richard Diller. Le iba a entregar cinco mil dólares y, después de todo, aquel hombre era un pistolero, un ladrón, un salteador. Y si estaba ciego era porque el destino lo quiso castigar por su maldad.

—Señor Cabot, yo soy… su hija.

—¿Mi qué?

—Soy Dolly.

Cabot se apartó el cigarro de la boca y empezó a incorporarse. Patty se asustó al ver que la miraba con los ojos.

—¿Dolly?

—Sí, señor Cabot. Soy Dolly, la hija de Lili del Monti y de usted.

—¡No puede ser!

—¿Por qué cree que no?

—Lili me escribió hace muchos años que Dolly murió en una inundación.

—Me salvé, señor Cabot.

—¡Mentira!

—Me recogió una familia.

—¿Por qué no te devolvieron al colegio?

—Ellos no tenían hijos. Y deseaban tener uno. Y las aguas del río me llevaron muy cerca de su granja. Y allí fui hallada por James Harris.

—¿Cómo sabes todo eso?

—James Harris me lo contó antes de morir, hace dos meses. Me dijo que yo era la hija de Lili del Monti.

—¿Cómo podrías probar eso?

—El señor Harris me entregó el medallón que yo llevaba cuando me encontró a la orilla del río.

—¿Un medallón?

—Lo tengo alrededor de mi cuello.

—Ven aquí.

Patty se acercó al lecho.

—Ya estoy a su lado, señor Cabot.

Cabot alargó el brazo y le tocó la cara. Y luego fue bajando la mano hasta que encontró el medallón. Lo apretó contra sí y pasó las yemas de los dedos por alrededor y por la cadena.

—¡Es el medallón que le regalé a Lili! —exclamó.

—Mi madre me lo dio cuando me dejó en el colegio. Yo entonces tenía cuatro años. Verá, señor Cabot. James Harris me dijo quién era mi padre. Y yo leí en el periódico que usted había salido de la cárcel y que estaba ciego. Yo nunca habría acudido a su lado, jamás lo habría hecho, porque usted no se portó nada bien con mi madre ni conmigo. Pero cuando me enteré de que estaba ciego no pude resistirlo y pensé que mi obligación era estar a su lado, ayudarle. Y bueno, ya no sé qué decirle…

—¡Hija mía! ¡Dolly! ¡Perdóname! ¡Te lo suplico! ¡Perdóname!

—Ya te he perdonado, padre —dijo Patty con un gran esfuerzo.

Y entonces Roland Cabot la estrechó entre sus brazos y la besó en el cabello.

CAPÍTULO VII

Roland Cabot y Patty Mark estaban comiendo en el restaurante.

—¿Estás contenta de estar a mi lado?

—Oh, sí, padre. Soy muy feliz.

Patty Mark se iba acostumbrando poco a poco a representar su papel. Se repetía una y otra vez que estaba haciendo una cosa justa.

—Cariño, ¿sabes por qué estoy aquí? Patty sintió un escalofrío por la espalda.

—No, padre.

—Por cien mil dólares, hija mía.

—No te comprendo, padre —tartamudeó la joven—. ¿Qué es eso de cien mil dólares?

—Es el botín del asalto por el que me condenaron. He esperado mucho tiempo, pero por fin voy a atrapar esa fortuna.

—¿Dónde la tienes?

—Cerca de Parker Dam. Lo sabrás a su debido tiempo.

—Oh, sí, padre.

—¿Te das cuenta de la clase de vida que podré darte, Dolly? Voy a tener la oportunidad de rectificar todo el mal que te hice.

—No pienses en eso, padre.

—Es cierto. Debemos olvidar el pasado. Sólo tendremos en cuenta el futuro.

—Sí, padre. Es lo mejor.

—De eso quería hablarte. De nuestro futuro… Cariño, hay mucha gente detrás de mí.

—¿Te refieres a gente como esos pistoleros que Tony Radford mató en tu habitación?

—Sí. Pero hay muchos más como ellos.

—¿Están por aquí? ¿En Parker Dam?

—Es posible que estén aquí, por la calle. O a punto de llegar… Pero ya puedes estar segura de que en Parker Dam se reunirá la peor gentuza del país. ¿Para qué? Para limpiarme los cien mil dólares que me pertenecen.

—Caramba, padre, si las cosas están así, ¿cómo vas a echar mano al dinero? ¿Y cómo lo defenderá contra todos?

—Necesitamos a Tony Radford.

—¿A quién?

—A Tony Radford. Al hombre que me salvó de los dos primeros buitres que llegaron a Parker Dam.

—¿No te dije que yo conocía a Tony? Metió a seis tipos en la cárcel. Eran forajidos. Y su jefe se llama Bob Russell…

A continuación, Patty le contó su aventura con aquellos forajidos y lo que había hecho más tarde Tony Radford.

Cabot sonrió cuando la joven hubo terminado su relato.

—Es una suerte que te haya pasado eso, Dolly. Apuesto a que eres bonita como tu madre.

—Dicen que lo soy.

—Me vas a demostrar si lo eres.

—No te entiendo, padre.

—Quiero que conquistes a Tony Radford.

—¿Conquistarlo?

—Le conté a Tony lo del botín y no quiso saber nada. Es un tipo demasiado honrado, según él. Son cuestiones que nunca he tenido en cuenta y no las voy a tener ahora. Es perder el tiempo hablar de la honradez de las personas. La honradez se paga muy cara… Dolly, necesitamos a Tony Radford para atrapar esos cien mil dólares. Si Tony Radford nos ayuda, nos pondremos en marcha hacia el lugar en que están escondidos los cien mil dólares. De lo contrario, no tendremos más remedio que esperar.

Tony Radford saltó del caballo y corrió hacia la res que había enlazado. Tumbó el becerro en el suelo y se dio mucha prisa en atar las patas.

Se levantó con el sombrero al aire mientras lanzaba un grito. Un tipo con una bocina gritó:

—¡Tony Radford! ¡Ha invertido diecisiete segundos! ¡Es el segundo mejor tiempo hasta ahora!

El público que asistía al rodeo prorrumpió en aplausos y gritos.

Tony sonrió satisfecho. Se había colocado en el segundo puesto, sumados los puntos de los diversos ejercicios. El primer puesto lo ocupaba un tipo que ganaba todos los premios en los rodeos porque era un verdadero profesional, Ralph Gardner, el cual le recibió con una fría sonrisa.

—No lo hiciste mal, Tony Radford.

—Todavía estás primero en la clasificación.

—¿Acaso piensas vencerme?

—Es posible.

—No, muchacho. No hay nadie que gane a Ralph Gardner. Queda la más difícil de las pruebas para vosotros, los *cowboys*. La monta del cebú. Anda, dime, ¿cuántas veces has montado en un cebú?

—Nunca. Siempre he montado cornilargos o caballos.

—El cebú es un bicho muy peligroso para el que no lo ha montado nunca. Te tumbará en menos de cinco segundos.

—¿Cuánto tiempo estás tú en lo alto de un cebú, Ralph?

—Entre veinte y treinta segundos.

—Caramba, eso debe ser bastante difícil.

—Lo es.

En aquel momento, Tony oyó una voz:

—Hola, Tony. Era Patty Mark.

—¿Has venido por aquí a pasar el platillo? —le sonrió Tony.

—Ya no tendré necesidad de eso. Las cosas cambiaron.

—¿Descubriste un filón de plata?

—Algo mejor que eso. Encontré a mi padre.

—¿Tu padre?

—Es Roland Cabot.

—No me digas.

—Sí, Tony. Roland Cabot, el antiguo salteador, es mi padre. Y mi madre fue Lili del Monti. Quiero contarte la historia.

—Pues aprovecha el tiempo, porque dentro de unos minutos me llamarán para montar el cebú.

Patty echó mano a sus cualidades de actriz para contarle la triste historia de su padre y Lili del Monti, con sus notas sentimentales y trágicas. Luego, Patty agregó:

—Mi padre me refirió lo que hiciste por él en la habitación del hotel.

—No tuvo importancia.

—¿Que no la tuvo? Si no hubiese sido por ti y por tu revólver, los dos forajidos habrían destrozado a mi padre. El te lo ha querido agradecer.

—Tu padre tiene muy buenas intenciones.

—Sigue teniéndolas para ti. Si nos ayudas a recuperar el botín, te dará una parte.

—No hay nada que hacer. Tendréis que pasaros sin mí.

—No podemos. Mi padre me ha dicho que vendrán muchos buitres. Y serán más peligrosos que los dos que tú mataste.

—Tenéis una solución.

—¿Cuál?

—Informar a las autoridades. Tu padre les dice dónde está el botín, y ellos se encargarán de atraparlo. Estoy seguro de que a tu padre le perdonarán.

Patty pensó que en primer lugar, ella no era la hija de Cabot. En segundo término, necesitaba echar mano al botín para tener opción a la recompensa. Y detrás de ella estaba el rubio Richard Diller.

—No podemos hacer eso, informar a las autoridades, Tony.

—¿Por qué no?

—Su padre no lo consentiría.

En aquel momento el hombre de la bocina anunció la última prueba de aquel concurso, la monta del cebú.

El hombre que tenía más puntuación, Ralph Gardner, salió disparado en un cebú. El público estalló en un griterío ensordecedor.

Ralph demostró sus buenas cualidades para aquella extraña monta. El cebú corcoveó tratando de librarse del jinete, pero éste se mantuvo veinte segundos arriba y él mismo saltó.

Tony le aplaudió.

—Lo hiciste muy bien, Ralph.

—Puedo estar treinta segundos más. Pero con veintidós tengo bastante para ganar.

—Es posible.

—Ahora te toca a ti, Tony.

—Allá voy.

Patty cogió una mano de Tony y la apretó entre las suyas.

—Suerte, Tony.

—Gracias, muchacha —dijo él y la besó suavemente en los labios.

—¿Por qué me besas, Tony?

—Por si me rompo la crisma. Así tendré un buen recuerdo. Poco después, Tony salió del cajón montando el cebú.

Dio la impresión a los espectadores de que iba a ser desmontado enseguida. Pero Tony logró contener la primera embestida del animal y lo siguió montando.

Los espectadores prorrumpieron en una estruendosa ovación y gritos de aliento. Tony continuaba en el cebú y el tiempo estaba transcurriendo.

Ralph Gardner se estaba poniendo pálido.

—Diecinueve segundos. Veinte segundos… ¡Tíralo ya!

Pero se llegó a los veinticinco segundos y todavía Tony seguía en el cebú.

El público, al darse cuenta de que Tony Radford era el ganador, armó más estruendo que nunca.

Tony saltó del animal que había montado y saludó al público que le vitoreaba. Ralph, de mala gana, le estrechó la mano.

—Enhorabuena, Tony, te llevaste los doscientos pavos.

—Me vendrán bien.

Patty se acercó a Tony.

—Yo también debo felicitarte.

—Que sea una buena felicitación.

—Trato hecho —dijo Patty y, echándole los brazos al cuello, aplastó su boca contra la de él.

Tony se dejó besar y, cuando Patty se apartó, dijo:

—Eh, nena, eso se avisa.

Ella le sonrió con seducción.

—¿Qué creías, que sólo las *girls* saben besar así?

—Nena, voy a recoger los doscientos dólares. Y luego, tú y yo tenemos que hablar.

—Aquí me encontrarás.

Tony fue hasta la mesa del jurado y allí recibió los doscientos dólares y una copa, por haber obtenido el primer premio en el concurso.

Los espectadores le aplaudieron rabiosamente.

Tony se metió el dinero en el bolsillo, y con la copa en la mano,

se reunió con Patty.

—Bien, Patty, ¿no me vas a felicitar?

—¿Otro de lo mismo?

—Y que sea lo más abundante posible.

Patty le besó con los labios entreabiertos. Y puso todo su arte en aquel beso. Pero sus manos no estaban quietas. Metió la derecha en el bolsillo de Tony y le sacó los dólares, que guardó hábilmente.

Tony no podía darse cuenta, porque se encontraba en el séptimo cielo.

—Demonios, nena, nunca me han besado como tú.

—¿Te gustó?

Tony entornó los ojos.

—¿Qué tratas de conseguir? ¿Que ayude a tu padre a encontrar el botín?

—Sí.

—Pues te falló la comedia, Patty. No voy a ir con vosotros. ¿Y sabes lo que te digo que eres? ¡Una buscadora de líos! Has venido aquí haciéndote la gatita… Y me quieres meter en el mayor avispero que haya podido encontrar en mi vida. Cien mil apestosos dólares tras los que van los piojosos del país. Cariño, te equivocaste. No voy a ir con tu padre. ¿Y sabes por qué? ¡Porque tengo doscientos dólares y es lo que necesitaba!

Patty tuvo ganas de echarse a llorar.

—¿No te doy lástima, Tony?

—No me das lástima.

—¿Vendrás conmigo si te doy otro beso?

—Ni hablar.

—Como tú quieras, Tony. Sigue ganando los primeros premios del rodeo, hasta reunir los mil dólares que necesitas para asociarte con tu amigo de Nevada.

—Gracias.

Patty se apartó de Tony. Y cuando estuvo bastante retirada, sacó el fajo de billetes. Y al contarlo se dio cuenta de que no sólo había quitado a Tony los doscientos dólares sino treinta dólares de los que el *marshall* le había dado por encarcelar a la pandilla de Russell.

CAPÍTULO VIII

—¡Me han robado! ¡Me han robado, *marshall*!

—Tranquilo, Tony.

—¿Tranquilo? Le voy a romper la boca, jefe.

—¿A mí?

—¡Sí, por tener tanto bandido suelto en esta ciudad!

—Cuidado, Tony. Pegar a una autoridad se castiga muy severamente.

—Ya lo sé, *marshall*. Un tartazo cuesta un mes de cárcel. Pero no le voy a pegar un tartazo. ¡Le voy a pegar un tortazo!

—Si me rompes la dentadura de porcelana, sería más de un mes. Me costó nueve dólares.

—Le voy a romper otra cosa, además de la dentadura de porcelana. ¡Me han dejado sin un centavo! ¡No tengo ni para comer!

—Puedes comer con nosotros en la comisaría. Tenemos patatas.

—¿Y de segundo plato?

—También patatas.

—No, gracias.

Tony paseaba nerviosamente por la comisaría.

—Yo estaba contento por haber ganado. ¿Se da cuenta, jefe? ¡Le gané a Ralph Gardner! ¡Al número uno! ¿Y de qué me valió? Espere un momento.

—¿Te estás acordando de algo?

—Sí, me estoy acordando de algo y no quiero acordarme. Tony cerró los ojos y de pronto echó a correr.

—¿Adónde vas, Tony?

—En busca de una ladrona.

—¿Una ladrona? ¿Qué vas a hacer con ella?

—¡Retorcerle el pescuezo!

Tony salió de la comisaría y avanzó a paso de carga hacia el hotel Martinica. Preguntó al conserje por la señorita Dolly Cabot, que antes se llamaba Patty Mark.

—Está descansando en la habitación quince.

—Va a descansar muy poco.

El conserje quedó asombrado, pero Tony no se quedó para darle explicaciones. Subió los peldaños de dos en dos y llamó a la puerta de la habitación 15.

—¿Quién es? —preguntó la voz melosa de Patty.

—Soy yo —contestó Tony, también con voz dulce.

—¿Tony Radford?

—El mismo.

—¿Qué quieres, Tony?

—He echado de menos tus besos.

—¿De veras, Tony?

—No te puedes imaginar cuánto. Yo estaba en el *saloon* con una rubia y me besó. Y de pronto me dije: «Esta rubia no se puede comparar con mi Patty».

—Oh, Tony, ahora mismo te abro.

—Sí, Patty, corre. Estoy ansioso por estrecharte entre mis brazos.

Oyó el ruido de una carrera a la otra parte. Se abrió la puerta y apareció Patty con los brazos abiertos.

—Aquí me tienes, Tony.

—Y aquí tienes mis manos.

Tony saltó sobre ella y la atrapó por el cuello.

—¡Cuidado, Tony! ¡Con tanto cariño me puedes estrangular!

—¡A eso he venido! ¡A estrangularte!

—¿Qué te pasa, Tony?

—¡Me pasa que me limpiaron todo mi dinero!

—Entiendo, jugaste al póquer, perdiste y te has vuelto loco.

—¡Y un cuerno jugué al póquer! ¡Y un cuerno me volví loco! ¡Te voy a estrangular!

—¿Me vas a estrangular y dices que no estás loco?

Tony la apoyó contra la pared, pero la siguió sujetando por el cuello.

—¡Tú me robaste, Patty!

—¿Yo, Tony? Pero ¿qué estás diciendo? ¡Yo no soy una ladrona!

—No, tú eres una buscalíos. Te lo dije y te lo vuelvo a repetir. Me dejaste sin plata.

¿Para qué? Para que ayudase a tu papaíto, el salteador. ¿Y sabes lo que te digo? ¡Que de tal palo tal astilla!

—Tony, que yo quiero ayudar al prójimo.

—Eso se lo cuentas a los tontos.

—¡No soy lo que parezco, Tony!

—¡Escupe el dinero!

En aquel momento se oyó una voz:

—¿No te parece un cuadro enternecedor, Douglas? Patty estaba mirando hacia la puerta y lanzó un grito.

—¡Tony, tenemos visitantes y no me gustan nada!

Tony volvió la cabeza sin retirar las manos del cuello de Patty.

Vio a un tipo rechoncho con aspecto de matarife. El otro era muy delgado, con mejillas chupadas.

—Eh, ustedes, los de las pezuñas. Se equivocaron de establo.

El rechoncho soltó una risita.

—¿Has oído, Douglas? Está hablando un mono.

—¡Usted, gorila, lárguese! —exclamó Tony.

—Douglas y yo nos vamos a marchar, ¿verdad que Sí, Douglas?

—Seguro, Spencer.

—Ya tardan —dijo Tony.

—¿Quieres cedernos a la chica, por favor?

—¿A qué chica?

—A la que sujetas por el cuello, mono. Tony se echó a reír.

—¿Qué te parece, Dolly? Estos dos gorilas te quieren para ellos.

—¡No dejes que me lleven!

El llamado Douglas se rascó detrás de una oreja.

—Oye, muñeca, tú te vienes con nosotros. Y cuanto más pronto se te meta en la cabeza, será mejor. Aquí, mi amigo Spencer, se pone muy nervioso si una muchacha le lleva la contraria. Una vez besó a una pelirroja. Ella venga a gritar. Y él venga a besarla. Y a Spencer se le fue la mano y le rompió el cuello. Fue un accidente. ¿Verdad, Spencer, que fue un accidente?

—Desde luego, si la chica no hubiese gritado, yo no me hubiese puesto nervioso. Tony preguntó:

—¿Por qué quieren llevársela, gorilas? Douglas dio un suspiro.

—Hay cosas que no se deberían explicar, pero tú te mereces una

explicación, mono. Ella es la hija de Roland Cabot. Y éste y yo hemos pensado secuestrarla para que su papaíto nos diga dónde guarda los cien mil dólares del Banco de Jefferson City.

—No está mal pensado.

—¿Verdad que sí? Éste y yo somos un par de tipos muy inteligentes. Tony les miró de arriba abajo y, al verles sucios, barbudos, dijo:

—Pues parece que hayáis salido de un basurero.

—Es que últimamente las cosas no nos fueron demasiado bien. Pero ahora las cosas van a cambiar, ¿verdad, Spencer?

—Sí, Douglas, tendremos cien mil dólares y la muñeca será para mí.

—¿Para qué la quieres, Spencer?

—Para darle muchos besos. Douglas rió:

—¿Lo oyes, nena? Spencer te va a dar muchos besos Pero ten cuidado y no te pase como a la pelirroja. No se te ocurra gritar cuando Spencer te esté besando, porque se pondría nervioso y te rompería el cuello.

Patty lanzó un grito de horror.

—¿Qué te pasa, Patty? —dijo Tony.

—Me da miedo sólo de pensar que el baboso me pueda acercar su boca.

—¿Has oído, Spencer? —Rezongó Douglas—. La nena te ha llamado baboso.

—Ya me llamará cosas más lindas cuando la tenga a mi alcance. Tony terminó de volverse.

—Oigan, gorilas, ¿por qué no van a quitarse las pulgas a otra parte?

—¿Pulgas? ¿Ha dicho pulgas?

—Y no nombro otra clase de miseria que tienen encima porque aquí hay una dama. Douglas chasqueó la lengua.

—Spencer, el mono nos está tomando el pelo. —Vamos a tomarle el pelo a él.

—Listo.

—¡Ya!

Los dos pistoleros tiraron del revólver.

Patty lanzó un chillido, se dejó caer en el suelo y cerró los ojos. Tony Radford se puso a gatillear.

Los dos pistoleros quisieron salir al mismo tiempo de la habitación y se atropellaron en la puerta. Estaban recibiendo mucho plomo. Sus balas estaban haciendo desconchados en el techo y en la pared.

Finalmente, los dos pistoleros dejaron colgando los brazos y se derrumbaron. Tony se volvió hacia la joven. Ella seguía con los ojos cerrados. Se arrodilló junto a ella.

—Patty, soy Tony.

—¿Me hablas desde el cielo? Tony le soltó una bofetada.

—Desde la tierra.

Patty pegó un chillido y abrió los ojos.

—¿Por qué me pegaste, Tony?

—Para demostrarte que no estamos en una nube. Patty miró a los dos cadáveres y echó los brazos al cuello de Tony.

—¡Protégeme!

—Ya están muertos. No necesitas protección.

—Me refiero a los otros dos pistoleros que no tardarán en llegar.

—Pero cuando ellos lleguen, yo estaré muy lejos.

—¿Es que te vas a marchar?

—En cuanto me escupas los doscientos treinta dólares que me soplaste.

—¿Es que no tienes corazón?

—Ponle música.

—¡No te burles de mí, Tony!

—¿Quién se ha burlado de quién?

—Sólo traté de conquistarte, Tony.

—Oh, claro, tú me robaste el dinero para obligarme a ir en busca de los cien mil dólares. Pero no pienso hacerlo, ¿lo oyes? ¡No tengo nada que ver con eso!

—Te daré tu dinero, Tony. Pero vuélvete de espaldas.

—¿Por qué?

—Porque lo guardo en el escote.

—Buena hucha.

—Tony, no digas esas cosas.

—Está bien —dijo Tony y se volvió de espaldas. Patty se sacó el dinero por el escote.

—Ya puedes mirar.

Tony atrapó sus billetes y los contó.

—Espero que no falte nada —dijo Patty.

—No, no falta nada. Y ahora, adiós.

—No me puedes dejar aquí con dos cadáveres.

—Deberías estar con ellos durante un par de días, con sus noches, para que escarmentases.

Tony salió de la habitación y Patty corrió detrás.

—¡Tony, espera!

—¿Qué quieres ahora?

—Tengo que hacerte una confesión.

—No, no quiero escucharte. Ya me has hecho muchas confesiones y cada vez que me dices una, me cuesta muy caro.

—No soy la hija de Roland Cabot.

Tony iba a echar a andar, pero se detuvo.

—¿Ah, no?

—He formado sociedad con un tipo rubio que se llama Richard Diller. El estaba al corriente de la historia de Lili del Monti y de Dolly, su hija. Pero ella murió… Yo me he hecho pasar por su hija para que Roland Cabot nos lleve hasta el botín.

—Ya te advertí que no me hicieses otra confesión. Me tiene sin cuidado que seas o no la hija del pistolero. Sigue sin interesarme el botín.

—¡Eres un cabezota! ¡El rubio Diller y yo sólo queremos el diez por ciento de la recompensa! ¡Richard Diller ha prometido pagarme cinco mil dólares y con esos cinco mil dólares yo podré hacer muchas cosas!

—¿Quién no?

—Tienes que ayudarme, Tony.

—Búscate a otro primo —dijo Tony, y se alejó de ella.

Capítulo IX

Roland Cabot estaba andando con la ayuda de un bastón.

La gente se apartaba de él respetuosamente. Continuó avanzando por la acera de tablones.

Poco después entró en el *saloon* Dorado. Un camarero le salió al paso.

—¿Quiere sentarse en una mesa, señor Cabot?

—No, quiero ir al reservado número cuatro.

—Yo mismo le acompañaré.

—Muchas gracias.

El camarero lo llevó hasta el reservado número cuatro.

—¿Quiere que le traiga una botella de *whisky*?

—Sí. Y dos vasos.

—¿Dos vasos? ¿Le mando una *girl*?

—No, muchacho. Estoy esperando a alguien.

El camarero fue a por la botella y los vasos. Roland le dio una buena propina.

Pasaron cinco minutos y la puerta se abrió dando paso a un hombre de unos cincuenta años y cabello canoso.

Roland se levantó alargándole la mano.

—Hola, doctor Brent.

—¿Cómo estás, Roland?

—Te puedo hacer una demostración, doctor.

Cabot sacó su revólver, lo lanzó al aire y lo volvió a coger. Luego lo hizo girar en su índice, lo arrojó por detrás y lo atrapó a sus espaldas.

El doctor Brent se echó a reír.

—Se la pegamos a todos, Cabot. Tú tenías miedo de que si te echaba aquellas gotas en los ojos te podías quedar ciego. Y te

aseguré que sólo sufrirías una ceguera pasajera.

—Me fié de ti porque eras el doctor de la cárcel.

—¿Cómo van las cosas?

—Tal como esperaba, los buitres se han lanzado en pos de mí. Hasta ahora he podido librarme, aunque debo reconocer que el destino ha colocado en mi camino a un tipo que sabe arreglárselas con el revólver.

—¿Quién es?

—Tony Radford.

—¿Estuvo en la cárcel?

—No, es un tipo la mar de extraño. Maneja el *Colt* como el más consumado, pero tiene una sola obsesión. La de ser ranchero.

—¿Quieres decir que no te acompañará hasta el lugar donde guardas el botín?

—Traté de convencerle, pero fracasé.

—Es una pena, porque, tal como están las cosas, tener a tu lado un tipo como él sería bueno.

—Tengo la esperanza de que mi hija le convenza para que nos acompañe.

—¿Tu hija?

Roland se echó a reír.

—Ésa es otra historia.

—Al parecer tienes muchas historias que contarme.

—Sí, doctor, cien mil dólares siempre dan lugar a historias originales. Y la de mi hija es la más original de todas. Se trata de una chica que se llama Patty Mark y se hace pasar por mi hija. Ella se cree que me la ha pegado. Y yo le he dado cuerda.

—Muy bien, Roland. Sé que eres astuto, pero se está demorando el momento de atrapar los cien mil dólares.

—Hay que tener mucho cuidado, doctor. Recuerda la fábula del panal de rica miel. ¿Qué fue lo que pasó?

Que acudieron muchas moscas. Pues aquí está pasando lo mismo. Los cien mil dólares atraen a moscardones y a mosquitas. Pero yo me los cargaré a todos.

—A todos menos a mí, Cabot.

—Se supone que tú y yo vamos a disfrutar del botín. El doctor Brent le dio una palmada.

—Así se habla, Cabot. Recuerda que por mi estás fuera de la

cárcel.

—No, no lo puedo olvidar, doctor.

—Sólo tengo una semana de vacaciones. Y luego he de volver a la prisión.

—Cualquiera que te oyese creería que eres un preso.

—Soy el médico de la penitenciaría y soy como un preso. Pero lo seré por muy poco tiempo. En cuanto atrape mis cincuenta mil dólares, pediré el retiro. Tendré que soportar todavía unos días más en la prisión, pero los podré sobrellevar pensando en que muy pronto haré lo que más me guste sin dar cuenta a nadie. En resumen, Cabot. Ya esperé demasiado. Quiero el botín.

—Tranquilo, Brent, tranquilo.

—No, Cabot, no voy a consentir más demoras.

—¿No estoy en Parker Dam? Eso debe significar algo para ti.

—Lo podemos arreglar, Cabot. Tú te quedarás aquí y yo iré a por el botín. Es lo mejor para los dos, Cabot. Nadie sospechará de mí. Todos los buitres permanecerán en la ciudad si tú te quedas en ella.

—No está mal.

—Celebro que te guste.

—No estaría mal para ti, doctor.

—¿Qué quieres decir?

—Que si yo te indicase dónde están los cien mil dólares, tú irías por ellos y jamás volverías por aquí.

—Te doy mi palabra de que no pienso traicionarte, Cabot.

—No me sirve tu palabra, doctor.

—¿Quieres que te lo jure?

—Juraste cumplir las leyes y faltaste a tu juramento cuando me sugeriste la simulación de mi ceguera.

David Brent bebió un trago de *whisky*.

—Creí que serías más comprensivo, Cabot.

—Soy comprensivo, pero no soy idiota.

—Pero tú mismo acabas de decir que tienes a muchos pistoleros detrás de tus pasos.

¿Cómo te vas a librar de ellos y llegar hasta el botín?

—Tengo un plan. Y en él juegan un papel importante dos personas.

—¿Quiénes?

—Dolly Cabot.
—¿Tu falsa hija?
—Sí, mi falsa hija, que se llama Patty Mark.
—¿Y quién es la otra persona?
—Tony Radford.

Patty Mark entró en la habitación número 14 del hotel Martinica. Roland Cabot estaba sentado en un sillón junto a la ventana.

—Hola, hija, ¿me traes buenas noticias?

—Me temo que son malas.

—¿No pudiste convencer a Tony Radford para que nos echase una mano?

—No, no pude.

—Lo imaginaba. Ya te advertí que ese tipo se las da de honrado. Qué porquería de honradez.

—Yo también quiero ser honrada.

—Basta mirarte a la cara para saber que tú lo eres. Dolly.

—No lo he sido.

—Bueno, una aventurilla de vez en cuando no viene mal.

—No he tenido ninguna aventurilla de la clase a que te refieres.

—¿Entonces, de qué se trata?

—Yo no soy tu hija.

—¿Cómo?

—Soy Patty Mark. Y siempre he sido Patty Mark.

—Pero de pequeñita fuiste Dolly.

—No, señor Cabot. Nunca he sido Dolly, quiero decir que nunca he sido su hija. Perdone, pero he abusado de su confianza. Fue culpa de Richard Diller.

—Conque Richard Diller, ¿eh? —Cabot lanzó una carcajada.

—¿Lo encuentra divertido, señor Cabot?

—No te puedes imaginar cuánto.

—¿Por qué?

—Yo lo sabía todo.

—¿Usted?

—Sí, Patty, yo sabía que mi hija murió y que tú eras una farsante. La joven hizo un gesto de asombro.

—¿Por qué no me desenmascaró?

—No me interesaba. Entre farsantes andaba el juego.

—Claro, quiere decir que usted también es un farsante, puesto que va a viajar hasta el escondite donde tiene los cien mil dólares. Y no piensa devolver un centavo al Banco de Jefferson City.

—¿Crees que he dado años de mi vida a cambio de nada?

—Podría tener los diez mil dólares de la recompensa.

—Olvídate de la recompensa. Quiero los cien mil.

—Puede que se quede sin nada.

—Eso no va a ocurrir. Yo ganaré. ¿Lo entiendes?

—Tiene a mucha gente detrás de usted, señor Cabot.

—Por ejemplo, a tu socio, Richard Diller.

—Ya no es mi socio.

—Es un sinvergüenza de marca mayor. Estuvo en la cárcel conmigo.

—Sí, ya me lo dijo.

—Pero Diller es un tipo de pacotilla.

—¿Por qué no recapacita, señor Cabot? Todavía puede rectificar algo de lo que hizo… Es mejor que se conforme con los diez mil dólares.

—No insistas, Patty.

—Si no le puedo convencer, será mejor que me vaya.

—No puedes marcharte. Te necesito para llegar hasta el botín.

—¿Necesitarme usted a mí para eso, señor Cabot?

—Sí, querida niña. Gracias a ti, obligaré a Tony Radford a que vaya al lugar que yo le indique. Radford será quien me traiga los cien mil dólares y yo no tendré necesidad de molestarme.

—No le entiendo.

—Te utilizaré como un medio para chantajearle.

—¿Chantajear a Tony Radford conmigo?

—Eso es.

—¡No puede hacer eso!

—Le diré a Tony Radford que si no me obedece en todo lo que yo le ordene, te rebanaré el cuello.

Patty vio a Cabot sentado en el sillón y luego miró la puerta.

—¿En qué piensas, Patty? ¿En huir?

—Señor Cabot, usted está ciego. Puedo ir hacia la puerta y echar a correr.

—Inténtalo.

Patty corrió hacia la puerta.

Cabot tiró de Patty y la arrojó violentamente en la cama.

—¿Lo ves, nena? No pudiste escapar.

Patty vio que los ojos de él la estaban mirando.

—¡Pero usted…! ¡Usted no está ciego!

Cabot sacó un grueso cigarro del bolsillo superior de la chaqueta y se lo puso en los labios. Luego frotó un fósforo y encendió el cigarro sin vacilar, aplicando la llama en el extremo.

—¡No está ciego, señor Cabot! —repitió Patty.

—No, no lo estoy.

—Engañó a los de la prisión.

—Engañé a los de la prisión, y estoy dispuesto a engañar al mundo entero para salvar mi botín. ¿Lo ves, nena? Todos sois una pandilla de idiotas —parodió la voz de la joven—: «Yo soy su hija, señor Cabot…». Sólo eres una idiota. Pero ya que te metiste en esto, ahora me vas a servir.

—Tony Radford no caerá en la trampa. ¿Me oye? Usted no puede chantajear a Tony. No soy su mujer ni su novia.

CAPÍTULO X

Tony Radford se estaba lavando cuando oyó que golpeaban la puerta.

—Adelante.

Entró una persona que ya conocía, Roland Cabot, con su bastón.

—¿Se puede?

—Pase, Cabot, pero si viene para que le ayude a atrapar su botín se equivocó de dirección.

Cabot cerró la puerta y sonrió.

—¿No ha cambiado todavía de opinión, muchacho?

—No.

—Y al parecer, Dolly también fracasó.

—Sí, su hija tampoco consiguió nada.

—Ella no es mi hija.

Tony se estaba secando la cara y se interrumpió.

—¿Lo sabe ya, Cabot?

—Lo supe desde el principió.

A Tony no le gustó la cara de Cabot. Se le había hinchado una venilla en la sien.

—¿Por qué dejó que Patty siguiese representando su comedia?

—Lo ha calificado muy bien, Radford. Ella estaba representando una comedia. Y una comedia tiene varios actos. Yo decidí escribir el último, ¿sabe?

—Oiga, Cabot. Me importa un rábano lo que usted escriba. He ganado el primer premio del rodeo de Parker Dam, que era lo que me interesaba. Y ahora me voy a largar hacia Spring Valley donde se celebra un rodeo dentro de dos días.

—Usted no va a viajar a ninguna parte.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Que se queda aquí, en Parker Dam.

—No, Cabot.

—Se quedará hasta que yo se lo ordene.

—¿Usted ordenarme a mí, Cabot? Déjeme que me ría.

—Puede reírse lo que quiera, Tony.

—Oiga Cabot, ¿qué le hace suponer que usted me va a dar órdenes a mí?

—Quiere a esa chica.

—¿Se refiere a Patty Mark?

—Sólo estamos hablando de Patty Mark.

—No, no la quiero. Me resulta sólo simpática.

—Voy a admitir que sólo le resulta simpática, a usted no le gustaría que a ella le pasara nada malo.

—Cuidado con lo que dice, Cabot.

—He venido aquí para hablar muy claramente con usted, Radford. Así que será mejor que no ande con rodeos. La chica morirá si usted no hace las cosas como yo le mande que las haga.

—¡Le voy a romper la cara, Cabot!

—¿Pegaría a un pobre ciego?

—¡Usted es un canalla ciego! Cabot soltó la carcajada.

—Está furioso, ¿eh, Radford?

—Estoy furioso por lo que está diciendo, pero va a retirar sus palabras.

—No las voy a retirar.

—Será mejor que no agote mi paciencia Cabot.

—Será mejor que usted no agote la mía.

Cabot sacó un papel del bolsillo.

—Coja esto, Tony.

—¿Qué es?

—El mapa.

—¿Qué mapa?

—Usted es listo y sabe qué mapa es. En él está señalado el lugar donde escondí los cien mil dólares.

—¡No quiero ni verlo! ¡Y le voy a sacar de aquí a puntapiés!

Cabot arrojó el papel hacia Tony, pero como éste no hizo ningún movimiento para cogerlo, cayó al suelo.

—Cabot, se está jugando una estancia de varias semanas en un hospital. Y eso es lo que haré con usted. Romperle unas cuantas

costillas para meterle un poco de sentido común en la cabeza.

Cabot se inclinó sobre el suelo y cogió el papel, con la mano derecha. Tony miró asombrado a su visitante cuando éste se levantó.

—No está ciego.

Cabot lanzó el bastón al aire y lo cogió con dos dedos. Luego sonrió.

—No, no lo estoy.

—Me alegra mucho.

—Gracias.

—Me alegra mucho porque así podré romperle la crisma. Tony echó a andar hacia Cabot.

—Cuidado, Radford, Patty es mi prisionera.

—¿Dónde la tiene? ¿En el hotel?

—¿Cree que soy tan tonto? Estaba en el hotel, pero ya no está. Alguien se encargó de sacarla de aquí y guardarla en un sitio seguro hasta que usted haya realizado su trabajo.

—¡No voy a hacer nada por usted!

—Usted irá al escondite donde guardé el botín. Sacará el cofre que contiene los cien mil dólares y lo traerá a Parker Dam. Sólo entonces, cuando me haya hecho entrega de mi dinero, recuperará a Patty.

—¿Qué le hace suponer que yo voy a correr tantos riesgos? Sólo le dije que la chica me resultaba simpática.

—Muy bien, Tony. Si Patty le tiene sin cuidado, abra esa puerta y lárguese.

—¿Qué hará con ella?

—La mataré.

—¿Sería capaz, Cabot?

—Puede estar seguro.

Tony sintió que la sangre hervía en sus venas.

—Cabot, es usted un cobarde. Matar a una mujer es lo peor que puede hacer un hombre. Y si ella es una joven indefensa y se la mata a sangre fría, es un delito propio de bichos.

—No tengo más remedio.

—¿Por qué?

—Di una vuelta por la calle antes de visitarle. Me resulta estupendo seguir haciéndome pasar por ciego. ¿Sabe a cuántos

canallas he visto? ¿Sabe cuántos buitres han llegado?

¿Sabe cuántos miserables han corrido a Parker Dam al olor de mi dinero?

—No lo sé.

—He visto a Richard Diller en una esquina, mirándome como mira la serpiente de cascabel al pajarillo.

—¿Y usted es el pajarillo? Menudo cuervo está usted hecho, Cabot.

—También he visto a Ben Clarke. ¿Sabe quién es Ben Clarke?

—Disculpe, pero no me he mezclado con la crema más alta de los canallas.

Roland lanzó una carcajada.

—Eso estuvo bien. La crema más alta de los canallas. Y en ella está Ben Clarke.

—Pero usted no se queda atrás.

—Ben Clarke es un tipo que le saca los intestinos a un fulano y se los pone de pendientes.

—Serían unos pendientes muy largos, ¿no le parece?

—También he visto a Art Wells, otro asesino. Y tanto Ben Clarke como Art Wells llevan consigo a tres o cuatro piojosos.

—¿Cuál es su piojoso, Cabot?

—¿Eh?

—Dijo que Patty había sido conducida por alguien desde el hotel a un escondite seguro. Y se ha encargado de ella. Supongo que le habrá dicho que no le toque un solo cabello. Cabot se echó a reír.

—¿Y dijo que no sentía nada por ella, Tony? ¿Sólo le resultaba simpática? Me di cuenta al hablar con Patty de que ella se interesaba mucho por usted. Está claro que ustedes se enamoraron. Sé mucho de eso.

—Usted gana, Cabot.

—Sabía que ganaría.

—Pero le advierto una cosa, Cabot. Juegue limpio.

—Voy a jugar limpio, muchacho.

—Le conviene. Si no lo hace, le juro que lo dejo ciego de verdad. Pero será una ceguera total. Para toda la eternidad, porque le meto en una fosa.

Cabot rió fríamente.

—Tienes agallas.

—Ya puede estar seguro de que las tengo, Cabot.

—Estupendo, hijo mío. Me alegro mucho de que tengas agallas, porque las vas a necesitar cuando te enfrentes con esos buitres que están deseosos de carroña.

—Deme ese mapa, Cabot.

—Ahora tienes mucha prisa.

—Quiero terminar cuanto antes.

Cabot le entregó el mapa y él lo desdobló.

—Observa ese monte que está marcado a la derecha, Tony. Es el monte de las Ánimas. Está a doce millas al este de Parker Dam.

—Sí, está bien marcado.

—Tienes que seguir el lecho seco del torrente hacia el norte.

—También está marcado.

—Verás en un recodo una roca que tiene la forma de pirámide. Te colocas frente a ella y das doce pasos a la derecha, luego seis pasos a la izquierda. Justo verás una piedra que está marcada en su base con una raya. Debajo de esa piedra está enterrado el cofre. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—¿Necesitas que te lo repita?

—No, todo está bien señalado, y tengo en cuenta lo que usted me ha dicho.

—Bien, muchacho. Lárgate cuanto antes, pero debes hacerlo disimuladamente. Y ten cuidado. Que nadie te siga.

—¿Dónde estará usted?

—Te esperaré en mi habitación del hotel.

—De acuerdo. Pero cuando yo vuelva, Patty tendrá que estar con usted.

—Estará.

—No me falle, Cabot.

—He dicho que no te fallaré.

Tony Radford se puso la camisa y la chaqueta.

—Hasta luego, Cabot.

—Suerte, muchacho.

Tony fue a abrir la puerta Pero se detuvo y dijo:

—Suponga que se equivoca conmigo. ¿Y si yo no fuese honrado? ¿Y si me importase un rábano la vida de Patty Mark? ¿Y si atrapase los cien mil dólares y huyese?

—Muchacho, yo conozco la naturaleza humana. Tú eres de esos tipos que son incapaces de aprovecharse del prójimo, de los que siempre están dispuestos a ayudar al que está en la mala. Y en este caso concreto, sé lo más importante que hay que saber. Que quieres a Patty Mark, y que no la dejarás morir. No, muchacho, no la dejarías morir ni por un millón de dólares.

—Tiene razón, gusano.

Tony abrió la puerta y salió de la habitación mientras seguía oyendo las carcajadas de Cabot.

Observó a unos tipos de feo aspecto que estaban vigilando el hotel donde se encontraba Cabot. Sí, no tenía ninguna duda de que eran pistoleros, o buitres, como los llamaba Roland, listos para abatirse sobre su presa.

Fue al establo y preparó su caballo. Luego eligió un pico y una pala que aseguró a la silla.

De pronto oyó una voz a su espalda:

—Hola, chico.

Era un tipo rubio y tenía un revólver en la mano.

—¿Por qué me amenazas, rubio?

—Soy Richard Diller.

—No te conozco.

—¿No te ha hablado de mí Patty?

—No.

Diller esbozó una sonrisa.

—Mientes muy mal, *cowboy*. Me gusta jugar a las adivinanzas. Y voy a jugar contigo… Tú estás en combinación con Cabot. Y sé también adónde te diriges ahora.

—¿Adónde?

—A por los cien mil dólares. Pero yo no te voy a dejar que vayas solo.

CAPÍTULO XI

—Diller —dijo Tony—, baja ese revólver.

—No puedo, muchacho. Tengo demasiado interés en los cien mil dólares.

—Renuncia.

—¿Renunciar a los cien mil dólares? Tendría que estar loco para eso.

—Metiste a Patty en el asunto. Le dije a ella que era una buscadora de líos. Pero tú tuviste la culpa de que se metiese en el lío peor de su vida, porque puede estar muerta antes de que anochezca.

—¿Eh?

—Sí, Richard.

—Me estás llenando la cabeza de tonterías. Tú estás de acuerdo con ella, y ella está de acuerdo con su padre.

—Déjate de padre y de madre. Patty ya no es la hija de Roland Cabot. Todo saltó por el aire. Ahora Patty está en el patíbulo.

—¿Qué patíbulo?

—La tienen prisionera. Y yo debo cumplir las órdenes de Cabot o él la matará.

Diller arrugó el ceño.

—Creo que te estás pasando de listo, Radford.

—Tú eres el que te pasaste de listo, Diller. Se la quisiste jugar a Cabot, pero él es demasiado zorro para ti y para los demás.

—Admito que Cabot es un gran zorro, pero ahora es un zorro ciego y no sirve para nada.

Le llegó el tumo de sonreír a Tony.

—Cabot os la pegó. A los de la prisión y a los que están fuera de la prisión. No está ciego.

—Maldita sea.

—Te repito que no está ciego y es el dueño de la situación.

—No te voy a creer una palabra.

—Es asunto tuyo.

Tony fue a subir al caballo, pero Richard dijo:

—Si pones un pie en el estribo, te baleo. Tony desistió de subir al caballo.

—Rubio, te he dicho la verdad y nada más que la verdad.

—Escupe el mapa.

—¿Qué mapa?

—Yo también sé sumar dos y dos. Si vas en busca del botín de Cabot, te ha tenido que proporcionar el mapa.

—No hay mapa.

Diller arqueó el dedo en el gatillo.

—El mapa o la vida.

—Te lo daré.

Tony sacó el mapa del bolsillo y lo arrojó a Diller.

El papel revoloteó en el aire y, naturalmente, Diller lo miró.

Tony lo había hecho intencionadamente y saltó.

Cuando Diller fue a disparar, ya había perdido un segundo y Tony cayó sobre él pegándole en la mandíbula.

Diller rodó por el suelo y estrelló la cabeza contra la pared. Quedó boca abajo, inmóvil.

Tony había rodado también con Diller. Se apoderó de su revólver y lo arrojó a la paja.

—Lo siento, Diller, pero este viaje lo hago sin compañía.

Recuperó el mapa, ya sin nadie que le amenazase, montó el caballo y salió del establo. Cuando se encontraba a dos millas del pueblo se detuvo y volvió la cabeza hacia atrás para cerciorarse de que no era seguido. Luego prosiguió su viaje.

Llegó al monte de las Ánimas y ascendió el torrente seco hasta encontrarse con la roca en forma de pirámide.

Saltó del caballo y dio los doce pasos a la derecha y seis a la izquierda.

Allí estaba la piedra marcada con una raya. Pesaba mucho y tuvo que valerse de las dos manos para apartarla. Con la bota trazó una cruz en el centro del lugar donde había estado la piedra.

Fue hacia su caballo para coger el pico y la pala. Se despojó de

la chaqueta y se puso a cavar.

De pronto oyó una voz:

—¿Trabajando?

Tony dejó caer el pico y fue a mover la mano hacia el revólver. Pero no llegó a sacar. Cuatro hombres le estaban apuntando con rifles y revólveres.

El más feo de los cuatro, que tenía una cicatriz desde la oreja a la nariz, le sonrió.

—¿Buscando oro?

—Sí. Eso soy. Un buscador de oro.

—¿Le han dicho que por aquí hay muchas pepitas?

—Alguna que otra.

—Nosotros también somos buscadores de oro.

Las palabras del tipo de la cicatriz arrancaron grandes risas de sus compañeros.

—Me voy a presentar —dijo el de la cicatriz—. Soy Ben Clarke.

—Tanto gusto, Clarke. Yo soy Tony Radford.

—¿No es usted el que ganó el primer premio en el rodeo?

—Sí.

—Ganó doscientos dólares.

—Sólo quería ganar los doscientos dólares para comprar un pico y una pala y venir aquí en busca de oro.

Ben Clarke dejó ir su puño derecho, que se estrelló en la cara de Tony, el cual se derrumbó en el suelo.

—¡Maldita sea, Clarke! ¡Yo también sé mover los puños!

Ben le apuntó con el rifle.

—Anda, muchachito. Trata de pegarme y te hago un boquete en el vientre.

—Ábrele el boquete. Me gusta ver cómo se mueven los intestinos.

—Cállate, Pat, no pedí tu opinión.

Tony se pasó el dorso de la mano por la boca y miró la sangre que tenía en la piel. Clarke le hizo una seña con el rifle.

—Levántate, Radford. Tony se levantó.

Clarke atrapó el pico y se lo dio.

—Seguirás trabajando para sacar el dinero de Roland Cabot. ¿Me oyes?

—Sí, Clarke.

—Empieza y no te pares hasta que hayas dado con el cofre.

—Supón que no doy con el cofre. Puede habérselo llevado otro.

—Si no das con el cofre en cinco minutos, te meto la bala en la barriga para que mi amigo Pat te vea las tripas. Y luego él seguirá cavando, ¿verdad, Pat?

—Seguro, Ben. Yo seguiré cavando, si le haces el boquete en las tripas.

Tony comprendió que se encontraba en muy mala situación para rebelarse contra los cuatro forajidos. Eran demasiados. Podía acabar con Clarke y con alguno más. Pero los supervivientes acabarían con él. No, no le gustaba la idea de morir.

Se puso a cavar y recordó a Patty Mark.

¿Tenía razón Cabot y se había enamorado de ella? Comprendió que Cabot había dado en la diana.

Sí, quería a Patty Mark y lo gracioso era que había resultado una buscadora de líos, porque él estaba metido en el lío más grande de su vida, y se lo debía a ella.

Pero no podía quejarse. La chica valía la pena que se sacrificase.

Tendría que andarse con mucho cuidado si quería salir con vida de aquel asunto, porque, si a él le mataban, también matarían a Patty.

Malditos fuesen aquellos buitres. Clarke le recordó el trabajo:

—Muchacho, no estás sudando lo que debes.

—No paro de cavar.

—Pero no lo haces con la debida rapidez. Y no queremos que nos pille aquí la noche. Tony se preguntaba qué harían con él cuando sacase el cofre. Sólo había una respuesta. Le matarían. Sin lugar a dudas, le matarían.

Tendría que estar preparado para esa emergencia. De pronto, el pico golpeó contra algo metálico. Clarke gritó:

—¡Muchachos, ya llegó!

Tony se había detenido.

—Será mejor que use ahora la pala.

—Muy bien, cambia el pico por la pala, pero no te entretengas.

Tony usó la pala y fue apartando la tierra. Poco a poco, fue descubriendo la tapa del cofre.

Los compañeros de Ben Clarke saltaron de los caballos y se acercaron al agujero.

Tony pensó que aquélla sería una buena ocasión para sacar el revólver, pero Clarke, como si le hubiese leído el pensamiento, se puso detrás de él.

—Sacad el cofre entre todos. Yo vigilaré a Tony. El cofre fue sacado del agujero.

—Bien, Pat —sonrió Clarke—. Tú has trabajado mucho en este asunto. Gracias a ti estamos todos en este lugar. Te corresponde el honor de abrir el cofre.

Pat abrió el cofre.

Dentro había grandes fajos de billetes.

Pat empezó a sacar fajos y a arrojarlos al aire.

—¡Muchachos! ¡Aquí hay cien mil dólares! ¿Visteis alguna vez tanto dinero junto? Los compañeros de Pat también se pusieron a coger fajos de billetes.

Pero Clarke no perdía el control de sus nervios. Seguía apuntando a Tony.

—Radford, ya llegaste al final del camino.

Tony no esperó más. Tiró del revólver aunque seguía pensando lo mismo que antes. Que no podía escapar de aquella maldita trampa en que se había metido. Y también calculó sus posibilidades al enfrentarse a los cuatro bichos.

Metió una bala entre los dos ojos de Ben antes de que éste pudiese apretar el gatillo del rifle.

Los tres tipos que estaban desparramando los billetes movieron la mano hacia las pistolas.

Tony hizo un boquete a Pat en el vientre, y las tripas empezaron a salírsele por el agujero y se puso a chillar como una rata al verse con los intestinos por entre los dedos.

Y como Tony había pensado, los otros dos forajidos ya iban a disparar contra él cuando sonó un rifle y los dos tipos empezaron a danzar y a pegar chillidos.

Tony miró el lugar de donde había llegado la ayuda. Era el rubio Richard Diller.

—Hola, Tony.

—Bien venido, Diller.

Pat dejó de gritar, porque se murió.

Diller avanzó hacia el cofre, sin dejar de apuntar con el rifle a Tony.

—Qué maravilla —dijo.

—¿Por los cuatro muertos?

—No, hombre, por los billetes.

—Le dijiste a Patty que sólo te interesaba la recompensa. Pero la engañaste, Diller. Querías todo, como Ben Clarke, como Cabot, y como los demás.

—Cierto.

—Mi revólver te está apuntando, Diller.

—Y mi rifle te está apuntando, Radford.

—Yo puedo disparar y tú puedes disparar.

—Y apuesto a que los dos quedamos muertos.

—Seguro, Diller.

Diller encogió los hombros.

—Tony, haré honor al acuerdo que llegué con Patty.

—¿Diez mil dólares?

—Sí, pero cinco son para mí.

—Los otros cinco mil serán para ella.

—¿Y tú, Tony? ¿Qué te vas a llevar tú?

Tony pensó en Patty. Se conformaría con eso, con la chica. Pero Patty Mark estaba en poder de Cabot, y él tenía que entregarle a Cabot los cien mil dólares completos para recuperar a la joven que amaba.

CAPÍTULO XII

Roland Cabot estaba muy satisfecho.

Fumaba un cigarrillo tranquilamente, sentado en el sillón. Por fin iba a echar mano a los cien mil dólares.

Tony Radford era un muchacho listo y haría bien las cosas. Pero el más listo era él, Cabot, porque había sabido descubrir aquellos sentimientos amorosos entre Tony y Patty.

David Brent tenía a Patty Mark. Y él se iba a ocupar del doctor. Sí, señor. El médico de la penitenciaría iba a recibir su parte. En plomo.

Soltó una carcajada al llegar a ese punto de sus pensamientos. En ese momento, una voz dijo:

—¿Qué chiste te contaste, Cabot?

No miró hacia la puerta, recordando que él debía estar ciego para muchas personas.

—¿Quién es? —dijo y tanteó con la mano, buscando el bastón con torpeza.

—¿No recuerdas mi voz?

—Juraría que es el juez Sullivan.

El juez Sullivan era quien le había condenado por el robo al Banco de Jefferson City. Pero Cabot sabía muy bien que su visitante no era el juez Sullivan sino uno de los buitres, Art Wells, un tipo peligroso. Había combatido en la guerra junto a Art Wells y había visto a Art cometer los mayores crímenes. Art era famoso porque no hacía prisioneros. Una vez, Art Wells atrapó a tres prisioneros y uno de ellos era un muchacho, y Art no tuvo compasión de ninguno y les fue reventando la cabeza disparándoles entre los dos ojos.

Y allí estaba el asesino, el sangriento Art con su pequeña joroba, porque había sufrido una ligera desviación de la columna vertebral

durante el asalto a un tren, cuando saltó del vagón y se dobló un tobillo. Pero no le atraparon y pudo huir gracias a la ayuda que le prestó su hermano Jack Wells. Y él, Cabot, había matado a Jack. Sí, lo tuvo que hacer un par de meses antes de entrar en la prisión, porque los dos se encontraron en una cantina y discutieron por una joven, por una hermosa muchacha que se llamaba Rosa y que ahora le estaba esperando en Los Romeros, Nuevo México.

Y por eso tenía tanto interés en no dar a nadie un centavo de los cien mil dólares, porque aquella fortuna sólo sería disfrutada por dos personas, por la bella Rosa y por él.

—No soy el juez Sullivan, puerco.

—¿Ah, no?

—Soy Art Wells.

—Cuánto me alegro de oírte, Art.

No le miraba a la cara. Miraba por encima de la cabeza de Wells, como los ciegos. Y Art no estaba solo, porque habían entrado con él dos pajarracos, sucios y negros. Y ahora uno de los pajarracos cerró la puerta.

Art echó a andar hacia la ventana junto a la que se encontraba Cabot, en el sillón. Los dos pajarracos se quedaron al lado de la puerta.

—He venido para darte las gracias, Cabot.

—¿Por qué, Art?

—Por lo que le hiciste a mi hermano.

—Oye, Art, tu hermano no tenía razón.

Art le soltó una bofetada que sonó como un disparo, y el cigarro de Cabot cayó al suelo.

—No está bien eso, Art.

—¿No?

—Estoy ciego. Y pegar a un hombre ciego es lo más terrible que puede hacer un hombre. No te puedo ver, Art. Soy como un niño para ti. Me podrías estar golpeando una y otra vez. Yo lanzaría el puño contra ti y nunca te alcanzaría.

—¿Piensas que me vas a enternecer, puerco?

—Art, tu hermano y yo peleamos de hombre a hombre. No hubo ventajas para ninguno de los dos.

—Tuviste todas las ventajas, Cabot.

—Te repito que no. Los dos sacamos al mismo tiempo. Art le

cogió por las solapas de la chaqueta.

—Eres un canalla, Cabot. Nunca te atreverías a enfrentarte con un hombre que estuviese en las mismas condiciones que tú para luchar. Tú siempre has de tener una ventaja. Y la tuviste también con mi hermano.

—¿Cuál ventaja?

—Tú lo sabes bien.

—¡No, Art!

—Mi hermano estaba alcoholizado.

—¡No lo sabía, Art!

—Claro que lo sabías. Bastaba mirarle a las manos para saber que estaba alcoholizado. Art observó a los ojos de Cabot, pero éste hacía todo lo posible para no mirarle. Tenía que seguir estando ciego. No, no podía permitir que Art descubriese que veía.

—Canalla —dijo Art—, mi hermano Jack había sufrido un ataque la noche anterior. Había estado todo el día emborrachándose. Por eso, cuando se enfrentó contigo, estaba hecho un pingajo.

—No me di cuenta.

—¿A quién quieres engañar, Cabot? Tú sabías perfectamente que mi hermano era un pingajo, y por eso te atreviste a sacar el revólver. Le metiste tres balas en el cuerpo.

—Pero él tenía el revólver en la mano.

—Lo tenía, pero no pudo disparar porque él estaba hecho una porquería. Su mano temblaba mucho y tardó un siglo en sacar.

Cabot sacudió la cabeza.

—Art, el cielo me ha castigado.

—¿Ah, sí?

—Estoy ciego. Ya no tengo luz en mis ojos.

—¿Crees que te compadezco? Anda, Cabot, pídeme clemencia. Quiero que lo oigan los muchachos.

Art soltó una carcajada.

—¿Habéis oído, muchachos? Aquí está Roland Cabot, uno de los hombres más fuertes que ha habido. Cometió una docena de asaltos. Y para despedirse, se llevó el mayor botín de la historia. Cien mil dólares de Jefferson City. ¿Y qué pasó? Sabía que él no podría escapar con el dinero. Y lo enterró. Pero tenía unos compañeros, unos cómplices que le habían ayudado a robar. ¿Y qué fue lo que

hizo? Logró que les atrapasen a todos. Y fue acabando, uno a uno, con ellos en la prisión. ¿Por qué? Porque Roland quería para él los cien mil dólares.

Cabot gimió:

—Art, no está bien que digas eso. Yo no quise acabar con mis muchachos. Les quería como un padre.

—¿Tú un padre? ¡Tú no has tenido nunca hijos!

Roland Cabot pensó en Rosa, en aquella muchacha de piel morena, de ojos negros, de cuerpo esbelto, de figura maravillosa, que le estaba esperando en Los Romeros. Tendría hijos con ella. Los tendría como había un infierno. Rosa y él vivirían felizmente en un pueblecito de California, en donde comprarían una hacienda y donde cultivarían naranjos. Y allí crecerían sus hijos, y ellos nunca sabrían lo que había sido su padre, porque iba a cambiar de nombre. Y para que todo eso pudiese ocurrir, tendría que burlar a aquella gentuza que estaba a su alrededor. Gentuza como Art Wells y sus pajarracos.

—Cabot, no vas a tener nada.

Eso le había dicho Art. Que no iba a tener nada. Maldito fuese. De buena gana le hubiese pegado un puntapié en la entrepierna. Pero tenía que hacerse la víctima.

—No digas eso, Art. No lo digas.

—Te hemos estado vigilando y ya sabemos lo que hiciste.

—No sé a qué te refieres, Art.

—Mandaste al muchacho.

—¿Al muchacho?

Art le soltó otra bofetada.

—A Tony Radford, el vaquero que ganó el primer premio en el rodeo.

—No, Art.

Wells sacó el revólver y lo apoyó entre los dos ojos de Cabot.

Roland se estremeció recordando la forma en que Art mataba a los prisioneros durante la guerra, reventándoles la cabeza.

—¿Qué vas a hacer, Art?

—Voy a manchar con tus sesos la pared.

—No lo hagas, Art.

—No me dejas opción.

Cabot vio cómo Art arqueaba el dedo en el gatillo.

—¡No dispares, Art! ¡Mandé al muchacho!

—¿Cuándo vendrá?

—En cuanto haya sacado el dinero.

Art le pegó con el cañón del revólver en el pómulo.

Cabot lanzó un chillido mientras caía de rodillas. Se cubrió el rostro con las manos. Cuando las separó, sus palmas estaban manchadas de sangre. Art le había hecho una herida en el pómulo.

Vio a Art que se estaba acercando a la ventana para mirar a la calle.

Tenía que sacar partido de aquella situación. Él no estaba ciego. Habría sido un buen momento para balear a Art Wells por la espalda, pero los dos pajarracos seguían junto a la puerta. Uno de ellos se estaba examinando las uñas y el otro jugueteaba con un trozo de cuerda. Le reconoció. Era Don March, al que también llamaban el Ahorcador. Era su afición ahorcar a la gente. Y por eso llevaba una cuerda con la que se entretenía haciendo nudos.

—¿Cuándo vendrá tu muchacho, Cabot? —preguntó Art, sin volverse.

—Dentro de poco. Quizá dentro de una hora.

Cabot estaba pensando muy aprisa, Art ya sabía que Tony Radford había ido por el botín y, por tanto, no le necesitaba a él para nada.

Los pajarracos seguían distraídos y Art le daba la espalda. Era el mejor momento para sacar.

Tiró del revólver y se puso a disparar.

Los dos pajarracos volaron al recibir los impactos. Art empezó a volverse, pero Cabot ya le estaba apuntando después de eliminar a los pajarracos.

—No, Art, si sacas tú también vuelas hacia la calle.

Art dejó el revólver en la funda y terminó de volverse. Y dijo lo que decían todos:

—No estás ciego, Cabot. Roland lanzó una carcajada.

—Un buen truco, ¿eh, Art?

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Cabot.

—Tony Radford.

—Pasa.

—¿Estás seguro de que puedo pasar?

—Sí.

—He oído un tiroteo.

—Ya me hice el amo —rió Cabot—. ¿Es que tienes alguna duda? Tony abrió la puerta y entró arrastrando un cofre.

Los ojos de Cabot miraron al cofre.

—¿Está ahí?

—Sí.

Tony se incorporó. Vio los cadáveres de los pajarracos y a Art junto a la ventana.

—Vaya, Cabot, tuviste una fiesta en grande.

—Mi amigo Art Wells quiso festejar con adelanto mi cumpleaños.

—Yo también tuve un encuentro.

—¿Con quién?

—Con Ben Clarke y cuatro tipos.

—¿Cómo te pudiste librar de ellos?

—A balazo limpio. Tony dio un suspiro.

—Cabot, te advertí que deberías tener aquí a la muchacha.

—Le dije a mi socio que la trajese.

—No les veo.

—No es culpa mía. Seguro que vendría para acá. Pero habrá oído los disparos y se ha asustado.

Tony apretó los dientes.

—Cabot, te aconsejé una y otra vez que jugases limpio. Roland se echó a reír.

—Yo voy a ser el ganador, Tony. Y no puedo dejar a nadie detrás. Ni siquiera a ti.

CAPÍTULO XIII

Tony Radford atirantó las facciones.

—Yo no haría eso, Cabot.

—Pero yo sí, muchacho.

—He cumplido con mi parte.

—Admito que eres un gran muchacho, Radford. Ojaló te hubiese conocido hace algún tiempo. Tú y yo hubiésemos hecho grandes cosas.

—No, yo nunca hubiese sido un salteador.

—Yo te habría hecho cambiar de idea. Art Wells habló con voz temblorosa:

—Cabot.

—Dime, hijo.

—Lo olvidaré todo.

—¿Ah, sí?

—Juro que lo olvidaré todo. Yo nunca estuve aquí. Nunca te he visto después de salir de la cárcel.

—No hay nada que hacer, Art.

—¡No me mates! ¡Por favor, no me mates! Cabot exhaló el aire de sus pulmones.

—¿Que es la muerte, Art? Yo te lo diré. Un sueño. Eso es. Como si de pronto, te durmieses porque estás muy cansado. Un sueño del que no se despierta. Pero ¿te das cuenta de que duermes? No, la mayoría de las veces, uno no se da cuenta. Está en la cama, tendido como una piedra. Y uno no piensa, ni siente, ni llora, ni tiene ganas de comer. Ni echa de menos los besos de una mujer. Está dormido y le basta. Pues eso te va a pasar a ti, Art. Vas a estar dormido.

—¡No, Cabot!

Roland apretó el gatillo. Tony tiró del revólver.

Art se estaba cayendo por la ventana. Cabot ya se había vuelto.

Tony gatilleó con toda la prisa que pudo.

Cabot recibió un impacto en el pecho y se tambaleó. Y gracias a eso, la bala que mandó no encontró en su camino el cuerpo de Tony Radford. Éste disparó otra vez.

En el pecho de Cabot apareció un segundo agujero.

Estrelló las espaldas contra la pared y empezó a deslizarse y ya su revólver apuntaba al suelo, porque había dejado de ser un arma terrible en su mano.

—Muchacho —dijo Cabot.

Tony se acercó.

—¿Qué quieres?

—Hazme un favor.

—¿Cuál?

—Acerca el cofre. Quiero ver los cien mil dólares.

Tony le quitó primero el revólver, que arrojó en la cama. Luego se acercó al cofre y lo arrastró hasta Cabot. Entonces abrió el cofre.

—Ahí tienes tu botín, Cabot —dijo.

Cabot tenía los ojos fijos en un punto del suelo, más allá del cofre.

—Cabot, te he dicho que ahí tienes los billetes.

Pero los ojos de Cabot, ya no podían ver su botín. Ahora estaba ciego definitivamente. Ciego para siempre.

La puerta se abrió y Tony se volvió rápidamente con el revólver en la mano. Pero era Richard Diller.

—Aquí acabó todo, rubio —rió Tony.

—Encontré al socio de Cabot en la calle. Es David Brent, el médico de la penitenciaría. Él se había encargado de custodiar a Patty.

—¿Y ella?

—Está bien y esperándote.

Tony pasó junto a Diller, cruzó el corredor. En el vestíbulo estaba Patty Mark.

El *Marshall* Chatterton apuntaba con el revólver a un hombre bien vestido. Tony pensó que era Brent.

—¡Tony! —exclamó Patty.

Tony terminó de bajar la escalera y estrechó a la joven contra sí, y la besó en los labios. Luego dijo:

—Patty Mark, me vas a meter en el lío más grande de mi vida.

—¿Cuál?

—El matrimonio.

Patty se echó a reír y saltó al cuello de Tony y sus bocas se encontraron otra vez.

FIN